

LA TIA LEVÍTICO.

CUADRO DE COSTUMBRES

DE LA SIERRA DE ALBARRACIN

POR

MANUEL POLO Y PEYROLON.

Publicado por la
Ilustracion Popular Económica
de Valencia

y reproducido en

EL ANCORA DE CASTILLA
de Valladolid.



VALLADOLID:

Imp. y lib. de la Viuda de Cuesta é Hijos.
1882.

LA TIA LEVITICO.

LEADNO DE COSTUMBRS

DE LA SIERRA DE ALBARRACIN

CANTA DE CANTERIA

FOR

MAZOR POLO Y PIRROLO.

Publicada por la

Imprenta y Libreria de

de Valladolid

y reproducida en

EL ANO DE CASTILLA

de Valladolid



VALLADOLID:

Imp. y Lib. de la Viuda de Cuesta & Hija

1882

CARTA DEDICATORIA

Á

FERNAN CABALLERO

Y DEFENSA DEL

GENERO LITERARIO QUE CULTIVA.

MI SIMPÁTICO FERNAN:

Han dado en decir por esos mundos de Dios, que así te llamas tú Fernan Caballero como yo Miguel de Cervantes; que tu verdadero nombre de pila no concuerda gramaticalmente con las frases de tu cocinera cuando dice:—*Señor*, el almuerzo.— La comida, *señor*; ni con aquella de que existes para servir á todos los que te crean *un autor silfo*, ó *un escritor* que tiene nombre y no persona;» que inventas los

cuadros, costumbres, caractéres, cuentos, relaciones, cantas y refranes de tus obras; que tu estilo no lo es, es decir, tuyo, sin duda porque, aunque creen á puño cerrado que el estilo es el hombre, no hay fuerzas humanas que los convenzan de que tú lo eres; que tus digresiones son anti-artísticas é insufribles, tus diálogos no sé cómo, y tu lenguaje no sé qué. Todo esto y mucho más han dicho de tí los Eolos del Guadarrama, y á todo contestaste ya con el acierto y donaire que te caracteriza.

Yo, á quien nadie dá vela en este entierro, me la tomo porque me place, y por mi cuenta y razon digo á esos señores que Fernan Caballero podrá ser pseudónimo y no nombre propio; pero le conocemos, sin embargo, hasta la médula de los huesos, que los hijos de su inteligencia nos han dicho muchas y muy buenas cosas del padre que los engendró. No me precio de conocedor del corazon humano; y no obstante, si fuese fotógrafo, retrataria á Fernan sin obligarle á afrontar la mirada reproductora del ojo único de mi cámara oscura.

Diria, por ejemplo, que al autor de *La Gaviota* le enamora y fascina lo bueno, como á la generalidad de los hombres nos atrae y subyuga lo malo. Y tan grande es su amor al bien, que se desoja por encon-

trarlo en la sociedad, lo sublima despues hasta las nubes, lo poetiza y encarece con tanta maestría, con calor tanto, que el que lee sus obras no puede ménos de amarle como Fernan le ama. Esta es su pasion favorita, sin que deje por eso de tributar tambien el debido culto á la verdad y á la belleza. Su sentimiento y gusto estético son altamente delicados y su pincel, en vez de inventar, casi siempre copia.

El manantial inagotable de sus inspiraciones es el pueblo español, tan fielmente reproducido en sus obras, que no hay más remedio que no leerlas ó encontrarse con caractéres, con tipos tratados hasta familiarmente en el mundo real. ¿Quién no recuerda, por ejemplo, en la anciana tia María de *La Gaviota*, en el cándido Fray Gabriel, en el rudo pescador, en Momo, en su padre Manuel Alerza, en D. Modesto Guerrero, etc., ¿quién no recuerda personas á quienes ha conocido y con quienes, tal vez vive en la misma aldea ó bajo el mismo techo? Por mi parte aseguro al incrédulo que cerciorarse quiera de esta verdad, que sin salir del pueblo en que escribo (y eso que por pertenecer á Aragon debe diferenciarse de las aldeas andaluzas) puede conversar, si gusta, con media docena de ancianas como la tia María, con Momos albarracinenses y Pedros San-

taló *labradores*, no marineros, que en Vallehermoso no se conocen más aguas que las de sus fuentes y las de su Río Blanco, *Guadalaviar* en árabe.

Respecto á si Fernan inventa sus coplas, cuentos y relaciones, bastará con que generosamente regale á los Eolos sus Aristarcos lo siguiente. Conocidos son en toda esta sierra *Los Mayos*, especie de romance en el que el galan poéticamente describe las facciones de su amada. La tradicion se ha encargado de conservarle. Persuadido de que yo era el primero que recogia esta perla preciosa de la poesía popular, llamé al único mozo que recuerda aquí por completo el largo romance, lo recitó, y con fruicion lo copié en mi prontuario. Más adelante, leyendo la ingeniosa relacion de Fernan Caballero *Callar en vida y perdonar en muerte*, topé en su página 22 con *el retrato*, que, con ligerísimas diferencias, no es ni más ni menos que *Los Mayos* de mi país. Entonces lo sentí, soy franco; ahora celebro poder utilizar el hecho en pró de la nunca desmentida veracidad de Fernan.

Su estilo, académicamente, podrá ser más ó menos susceptible de crítica; pero es suyo, y tan suyo, que desafío al más consumado retórico á que lo falsifique y lo haga circular despues como moneda de

buena ley; sus digresiones son con frecuencia lo más importante del libro; sus diálogos inimitables; y su mérito, por último, proporcionado á su renombre y fama europeas.

Tus detractores, anonadados sin duda por el peso enorme de tu bien ganada celebridad, dormían há tiempo el sueño del olvido; pero ¡pásmate, Fernán! recientemente uno de los más mofletudos Eolos del Guadarrama, en una acreditada revista de la corte, tal tiro asestó, no á tí solo, sino al género de tus producciones, que asombrada y cariacontecida la pléyade que le rinde culto, dejó la pluma y corrió á ocultar su vergüenza en los antros del oscurantismo.

¿No has leído el proyectil terrible?

«En otras de estas producciones populares, dice el valeroso viento, para probar que nuestro atraso es inocencia, candor y religiosidad, se despliega una *sensiblería* empalagosa y simplona, que jamás ha sido prenda ni rasgo del carácter español, que se pretende retratar. Borrow creía que las batuecas existían en un rincón de España; pero estos autores convierten á toda España en Batuecas. Su estilo está en consonancia con lo melífluo y santurrón del pensamiento; todo es pureza, dulzura, paz y caridad. Amanece, por ejemplo, en la al-

dea; y en la crucecita del campanario se refleja el sol naciente, y el cañirillo hace *bu, bu, bu* en las rojas y ramas, y las manzanitas parece que dicen en los arbolitos, *comedme, comedme*, y las ranas dicen *cra, cra* en el estanque, y cantan los pajaritos *pío, pío, pío*, y el gallo *quíquiriquí*, y las gallinas *clo clo, clo*; y los niños que ya se han despertado, si bien están aún en las camitas, tan graciosos y robustitos (el cielo los bendiga y los haga unos santos), gritan, *mamá, papá!* y todos juntos forman un concierto, que significa ó dice: Bendito sea el Señor que nos ha dejado amanecer y que nos ha dado un día tan bello. En suma, hemos venido á hacer de toda España una Arcadia á lo místico y á lo devoto, que la civilizacion estraña no podrá sino corremper y viciar. Es imponderable la fuerza que saca de estos estraños el partido absolutista.»

¿Has leído en tu vida cosa más graciosa, diminutivos más monos, y concierto de animalescas voces más armonioso y melífluo? pues no les des vueltas, Fernan amigo: el párrafo que arriba copio es tan tuyo ó de Trueba, como de Cervantes el que sigue: «El sosieguito, el lugar apacible, la amenidad de los campitos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentecillas, la quietud del espíritu, son

grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezan partitos al mundo que le colmen de maravilla y contentito.»

¿Dices que no hay tal cosa, que el príncipe de nuestros prosistas no ha escrito semejante sarta de sandeces? Tómate, pues, la molestia de abrir su inmortal Quijote, y el prólogo del autor te convencerá á las pocas líneas de lectura de la verdad de mi cita.

¿Replicas que he adulterado el pasaje convirtiendo en diminutivos palabras que en el original no lo son? Exactamente lo mismo ha hecho con cláusulas vuestras el Eolo Guadarrama.

Sabe prácticamente que nada hay, por serio que sea, que no se preste al ridículo; pero no debe olvidar tampoco que el ridículo injustificado cae sobre su autor. Con un poco de sal ática y su mucho talento, fuera lo más sencillo del mundo dejar sin hueso sano su artículo, haciendo á la vez desternillar de risa á los lectores.

¿Conque esas producciones populares se han escrito para probar que nuestro atraso es inocencia, candor y religiosidad? Hablen los hechos.

«Hay en nuestra sociedad, como en todas las humanas, bueno y *malo*. Hay mujeres, y son las más, que son buenas,

francas, que tienen mucho talento, y que sellan estas cualidades con la más encantadora y más comun en España, la ausencia de pretensiones; *hay medianías y hay mujeres de mala y de perversa índole.*»

«La tolerancia llevada hasta sus últimos límites, esto es, hasta hacerse extensiva, no solo á gente sin educacion é inferiores en la jerarquía social, sino hasta á personas cuya conducta es mala ó deshonrosa con escándalo, *es una falta de decoro y de distincion en la sociedad española*, que con copiosos y justos argumentos censuran los extranjeros distinguidos.»

¿Si escribirías tambien esto en tu lindísima *Clemencia*, Fernan el bueno, con el propósito de probar que nuestro atraso es inocencia, candor y religiosidad? Lo que Fernan y demás autores de su escuela se proponen, es fotografiar los caractéres, costumbres y hasta paisajes de nuestra infortunada patria, deprimida por unos, ensalzada por otros y explotada por todos; y para convencerse de la verdad y acierto con que desempeñan su cometido, basta tener ojos en la cara, imparcialidad en el corazon, y haber recorrido los lugares de la escena.

Tal vez nuestro Zoilo no haya tenido la fortuna de conocer ninguno de esos tipos de inocencia, candor y religiosidad; pero

esto probará, á lo sumo, que ni ha estudiado las costumbres de los habitantes de nuestras pequeñas aldeas, ni aun las ha visitado. Seguramente que si su señoría buscó esta clase de gentes en las grandes capitales, entre el pueblo de Madrid, por ejemplo, aunque lo bueno y lo malo mezclados andan por doquier, no le habrá sido fácil ver realizados sus deseos; ántes al contrario, quizás esas investigaciones le hayan convencido de que el prototipo español es el *truhan*, y de aquí la donosa ocurrencia de que en esas producciones «se despliega una *sensibleria* empalagosa y simplona, que jamás ha sido prenda ni rasgo del carácter español, que se pretende retratar.» ¿Figuraránse, tal vez, esas gentes que los españoles todos somos toreros, chulos, manolos, bandidos y verdugos sin corazón, capaces solo de *sensibleria* y nunca de sentimientos delicados?

Si pasasen su vida, como yo, en un lugarejo de ciento sesenta vecinos, situado en el centro de una sierra, y sus encoquetados fraternales instintos les permitieran mirar de vez en cuando á su alrededor, más digo, mezclarse con los aldeanos, dormir bajo sus pobres tugurios y compartir con ellos sus manteles, de seguro que en esas obras, en las que solo ven prurito de legitimar nuestro atraso, encontrarían en-

tonces retratos al vivo del habitante de nuestras montañas, preciosos cuadros de la vida campesina de nuestro país. No se vaya á creer, sin embargo, que nuestros labradores son todos inocentes, cándidos y religiosos: de todo hay en la viña de Dios. ¡Pero qué! ¿no es dueño, no tiene, mejor dicho, una obligacion sagrada el escritor que se dedica á la amena literatura de preferir para actores de su escena á los hombres honrados y presentar á la vista del lector las situaciones más bellas! ¿Aprobará nunca la sana crítica (por más que desgraciadamente sea un hecho entre nosotros, como en el mundo entero, la existencia del crimen) que no solo se haga exhibicion de él so pretexto de pintar la sociedad, sino que se le engalane y hasta presente con ciertos atractivos? Es que, se me dirá, los buenos principios de estética nos enseñan la manera de pintar el mal haciéndole abominable. Es que, contestaré yo, los autores satirizados no se han propuesto, por lo comun, semejante cosa, que el dia que se lo propongan sabrán desempeñar su cometido; digo mal, no falta quien, sin salirse de la esfera de las producciones ridiculizadas, lo ha desempeñado admirablemente, haciendo abominable al beodo y al ladron.

El que Borrow creyese que las Batuecas

existian en un rincon de España, es una candidez solo comparable á la del diccionario de la lengua cuando dice:

«*Batuecas*. Geogr. Valle rodeado de sierras elevadas, sit. en la prov. de Salamanca, que fué en otro tiempo habitado por unos carmelitas establecidos allí á últimos del siglo XVI.»

Pero el que los autores criticados conviertan á toda España en Batuecas queda desmentido con demostrar que los caracteres de sus obras, las escenas que pintan, son más bien copias que invenciones. No es que su estilo esté en consonancia con lo melífluo y santurron del pensamiento, sino que es el usual en las aldeas, cuyas costumbres pintan, descartado de las vulgaridades é interjecciones que suelen sazonarle, porque así con razon lo preceptúan los buenos principios literarios. La mal llamada santurronería no es más que acendrada religiosidad, cualidad distintiva del pueblo español, infiltrada en nuestro sér con la leche de nuestras madres y desarrollada despues por el ejemplo de la mayoría, que, no habiendo renegado de su patria, no hace alarde de impiedad como algunos pocos.

Y viene la parte más ingeniosa del artículo. «Amanece, dice, por ejemplo, en la aldea;» y esto ni tiene nada de particular

ni de ridículo: de particular, porque lo mismo llueve ó alumbra el sol para buenos que para malos, en las aldeas que en las ciudades: ántes al contrario, tiene cien veces más belleza la aurora de cualquier dia en aquellas que en estas, pues al menos en las aldeas lo regular es que á nadie sorprenda la luz del alba entre sábanas y despues de haber pasado la noche haciendo el mochuelo ó la lechuza, y alterando las leyes naturales al destinarla para la vigilia y el dia para el descanso. «Y en la crucecita del campanario se refleja el sol naciente.» Nada más natural: no habiendo ordinariamente en las aldeas más que una iglesia, y por lo tanto una torre ó campanario, y siendo la cruz de este el punto culminante, nada más natural, repito, que el primer rayo se refleje en él, como se reflejaria en el triángulo masónico el dia en que las partes del infierno prevalecieran contra el santo signo de nuestra redencion. «Y el cefirillo hace *bu, bu, bu*, en las hojas y ramas.» Ni el cefirillo hace *bu, bu, bu*, ni se lo han hecho hacer los autores mis amigos. Este triple *bu* es invencion y propiedad exclusiva del finchado Eolo. Aquellos, quizás, se propondrian alguna vez hacer oír á sus lectores el agradable susurro que produce agitando las hojas de los árboles la brisa: me consta, sin em-

bargo, que nunca tuvieron el mal gusto de valerse para ello de una sílaba de tan poca armonía imitativa. No sucede lo mismo respecto al *cra* de las ranas, al *pio* de los pájaros, al *quiquiriquí* del gallo, y al *cló* de las gallinas: se han servido de estas voces porque son las *gráficas* para expresar la idea, las más propias por lo tanto. Se me dirá que es ridículo ocuparse de esas nimiedades. En efecto: ridículo sería en un poema épico ó discurso parlamentario; pero no en una novelita ó cuento. En cuanto á que las manzanitas parece que dicen en los arbolitos *comedme, comedme*, contestar debo al Aristarco que más de una vez, cuando haya querido expresar la hermosura, sazón, aroma, etc., de algun objeto comestible, lo habrá hecho por medio de la muy española frase «está diciendo comedme.» Además, el que su señoría no encuentre gracia ninguna en los niños y el que se burle de que pidamos al cielo «que los bendiga y haga unos santos,» indicará á lo sumo que ese cielo no se ha dignado hacerlo padre; pero nada más. No hay gracia como la de un niño, por feo que sea; y nada más español que el bendecirlos y desearles que Dios los haga unos santos. Por último, el que todos juntos formen un concierto que significa ó dice: «bendito sea el Señor que nos ha de-

jado amanecer y que nos ha dado un día tan bello, » podrá ser más ó menos propio, más ó menos exacto, tal vez una gratuita interpretacion; pero que no por ser gratuita deja de producir la calma y el agradecimiento á Dios en el corazón del que lo lee, ventaja inmensa que se haria ilusoria con solo sustituir la frase con otra cualquiera, por campanuda y filosófica que fuese. «En suma, hemos venido á hacer de toda España una Arcadia á lo místico y á lo devoto, que la civilizacion extraña no podrá sino corromper y viciar.» La pluralidad con que se expresa aquí el articulista me obliga á decir dos palabras. Su señoría es muy dueño de arrepentirse por haber convertido á nuestra patria en Arcadia ó Beocia, á lo místico ó á lo profano; pero nó de culpar á los autores que ridiculiza. No existe entre nosotros género alguno literario en el que menos parte tenga la inventiva ó imaginacion creadora; mal habrán podido, por lo tanto, hacer de España lo que no es.

Por último, Fernán amigo, no sé por qué se me antoja que no tienes que agradecer tan abundante cosecha de burlas á escuela alguna literaria, sino á determinado sistema político. Esos hombres que se envanecen llamándose á boca llena *revolucionarios*, profesion *honrosa* por cierto y en

alto grado *útil* á la república, declarada tienen guerra mortífera á todo lo noble y santo; y tus obras, más que *buenas*, parecieronle al Marqués de Molins *beneficiosas*. Convierte en certeza mi antojo la afirmacion última del madrileño que dice: «Es incomparable la fuerza que saca de estos extravíos el partido absolutista.»

Ex abundantia cordis loquitur os: con que tomemos acta de la confesion, y puesto que te llama *extraviado*, contéstale en un rato de *extravío*:

—Ahí duele; mas ¡cómo ha de ser! buen hombre: paciencia y barajar.

Y en tanto que con los naipes se entretiene, continúa tú produciendo nuevas flores que completen tu ya brillante corona de novelista, y al mundo colmen de maravilla y contento.

Cuídate mucho, memorias de los amigos, y, para concluir, permite que te dedique LA TIA LEVÍTICO, modesto parto de su humilde pluma, tu apasionado

MANUEL POLO Y PEYROLON.

Vallehermoso, Agosto de 1870.

«Es incomparable la fuerza que saca de es-
 tacion á una alma del mundo de los vivos.
 sas. Conviene en verdad que yo la ali-
 cionis al mundo de las cosas de esta
 salud y las otras tales que son de esta
 tienen fuerza suficiente á todo lo que
 esto grande que á la república de la vida

—Allí habéis; mas como ha de ser, don
 un rato de exordio.

—Y en tanto que con los días se entre-
 tiene, continúa el prodigio de nuevas ho-
 res que empiezan la ya brillante corona
 de novicias, y al mundo común de mara-
 villa y contento.

—Quedale mucho, memorias de los anti-
 gos, y para consolar, permite que se de-
 que a tra. Lavado, made-to por lo de su
 límites puros, lo espasmo.

Manuel Lopez Pizarro

Valladolid, Agosto de 1870

LA TIA LEVÍTICO.

Et dixit: Nudus egressus sum de utero matris meæ, et nudus revertar illuc: Dominus dedit, Dominus abstulit: sicut Domino placuit, ita factum est: sit nomen Domini benedictum.

Y dijo: Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá: el Señor lo dió, el Señor lo quitó: como agradó al Señor, así se ha hecho: bendito sea el nombre del Señor.

(Job. 1, 21).

I.

Lamiendo los más bajos edificios de Vallehermoso, por entre una calleja de huertos, se desliza llano, pero torcido como las ondulaciones de una anguila, el camino que conduce al molino de la aldea. Distantemente este unos doscientos pasos del pueblo, divisase á la izquierda, velado por la frondosidad de los árboles que le dan sombra y por la bruma de las aguas que le mueven. A orillitas de la abundante y alborotadora acequia que rodar hace sus mue-

las, continúa corriendo en dirección opuesta el camino mencionado, y corre corre hasta que un cuarto de legua más allá, cansado sin duda de la charlatanería de su compañera de viaje, se despide de ella, y seguido, como caminante que ansía llegar al final de su jornada, se dirige á Entrecastillos (1). Dista este lugarejo una legua corta de Vallehermoso, y no se entra en él sin haber saludado antes á santa María Magdalena en su ermita, situada á las puertas de la castellana aldea. Denominósele de la manera dicha cuando en España no se hablaba cristiano, ó para que mejor me entiendas, en tiempo de Perico sin miedo, Maricastañas, ó el Rey que rabió, que todo es uno, por estar fundado entre dos castillos, lo que testifican aún las ruinas de

Las torres que desprecio al aire fueron
Y á su gran pesadumbre se vindieron (2).

Presenta Entrecastillos un golpe de vista tan pintoresco como sorprendente. Guadalaviar arriba estrechan poco á poco el hermoso valle las montañas que le forman, hasta que en el punto que parecen á unirse, las corta transversalmente

(1) Seudónimo.

(2) Rodrigo Caro: *A las ruinas de Itálica*.

un monte de peñascos, desnudo por completo de vegetación. Mirado de frente este gigante, cierra con las cordilleras del valle una estrecha é imponente hoz á la derecha, y un ameno vallecito á la izquierda, por medio de los cuales susurran sobre un lecho de mundos guijarros el riachuelo Noguera en aquella, y el Turia ó Guadalaviar en esta.

Parte en la falda de la cordillera de la derecha, y parte en el fondo del valle, mojándose en las aguas del Noguera, está Entrecastillos. Multitud de huertos en los que reina el más encantador desorden, tapizan el hondo comprendido entre el riachuelo y los montes de la izquierda.

El gigantesco nogal, el manzano, el ciruelo, el peral, y mil árboles y arbustos silvestres, formando aquí bosquecillos de verdura, y dejando ver allá los cuadros de diversos verdes que forma la hortaliza, y el ruido del agua fresca y clara que corre por todas partes bañando materialmente las paredes de las casas, convierten este rinconcito del mundo en un verdadero oasis, en medio de los áridos peñascos que lo circundan. En sus elevados picos anidan bandadas de palomas, y largas filas de colmenas divisanse en sus mesetas en ciertas épocas del año, contribuyendo el arrullo de aquellas y el zumbido de las

abejas, con el canto del ruiseñor y de otras mil clases de pájaros, á completar con sus armonías aquel bello cuadro de la naturaleza.

En la parte central de la mejor y más honda calle del pueblo, elévase ufana sobre sus vecinas, sin otros méritos para ello que la mayor blancura de su faz, la casa de la tia Levítico. Tal aspecto imprimen á su frontera las pocas y cerradas ventanas de aquel edificio, que más que casa parece convento, y austeridad, no alegría, inspira su vista. Engañase, sin embargo, quien juzgue por tal apariencia; que las aguas del Noguera humedecen los cimientos del lado opuesto, y largos corredores se miran desde cada piso en sus cristales. Comunica el del segundo con su vecino inferior, y este lleva su humildad hasta descender por una escalerilla, á guisa de balcon, sobre el rústico puente del riachuelo, al otro lado del cual se extiende una hermosa huerta. Las parras y enredaderas trepan á su sabor por las barandillas y tapizan los corredores. Un seto de mimbres cierra la huerta, y una verde margen paralela á la casa divide en dos cuadrados perfectos aquel cuadrilongo. Junto al seto, y al rededor de la finca, corre entre verdura una senda sombreada por manzanos y perales; y en la union de ambos ri-

bazos, mecen sus copas sobre los otros árboles un nogal á la derecha y un moral á la izquierda. Moras como nueces sonrojan en otoño las hojas de este, mientras aquel, el rey de los frutales, eleva y extiende sus torcidas ramas de tal modo, que el espacio parece pequeño para contenerle. La abundante yerba, que formando mullido césped crece al rededor de su tronco, desmiente la influencia maléfica que el vulgo atribuye á su sombra. Los variados verdes de la hortaliza convierten las mesetas en tableros de damas, en los que la lechuga de oreja de asno alterna con la encoputada coliflor, y el negro é italiano bróculi fraterniza con la blancura del repollo pátrio.

II.

Julio de 1852.

—Ea hijas, á comer.

—¡Qué torpe eres, Colorina! Antes de llamar á comer se espuma la olla y se escudilla.

—Pues, mira, hazlo tú mejor.

—Ya se vé que sí.

—Conque no tiene caldo el puchero...

—Y eso ¿qué le hace, boba? ¿No sabes que todo es de mentirijillas?

—Pues, mejor: no *jugo*.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Yo tampoco.

Y un corro de niñas y niños, que, sentados sobre la yerba bajo el nogal de la tia Levítico, jugaban á *casitas*, irguieron sus diminutas personas, y se desbandaron por la huerta, desamparando los *vasares* de cascós de plato y vasos rotos, reunidos á tanta costa y tan artísticamente colocados.

Las rabiets y enfados de la gente menuda no imprimen la menor huella en sus tiernos corazones, y como vienen se van. El resentimiento acerbo necesita un corazón de hombre que lo resista. El del niño es demasiado débil para abrigar impunemente en su seno gusano semejante.

—Chicas, juguemos á ir á misa, dijo una vocecita atiplada y chillona.

Y el disperso rebaño, seducido por la oratoria de todo un tribuno en miniatura y con faldas, reunióse en torno del improvisado pastor.

—Sí, sí, á misa, vamos á misa, contestaron todos.

Momentos despues arrodillábanse de uno en uno ante el tronco del moral, ellas tocadas las cabecitas con sus pañuelos de

bolsillo y con una grande hoja de parra en la mano por abanico, y ellos cubiertas las espaldas con los suyos á guisa de capa, y todos murmurando oraciones, persignándose y dándose golpes de pecho desatentadamente. Un regordete de unos ocho años de edad hacia que tiraba de una soga, remedando con la voz el *tan, tan*, de la campana.

—*Mia* (1), Colorina; *Patalon* (2) hace carazas, dijo con suma gracia una pequeña de cinco á seis años, hermosa como un querubin.

—Pantaleon, quieto. ¿Cuándo has visto tú que en misa se ría nadie?

—¡*Maalena* (3) es una acusona!... ¡es una acusona! cencerreaba el travieso Pantaleon, tanto, que la niña se levantó, y medio haciendo un puchero, dijo:

—Me voy.

El ejército perdió su gravedad y religiosa compostura; las mantillas y capas, convertidas en *mocadores*, ocuparon los bolsillos de sus dueños, y cuando nadie sabia en qué entretenerse, propuso Pantaleon el juego de la *Herradura*, que fué aceptado con júbilo.

Interpolados niños y niñas, y cogidos de

(1) Por mira.

(2) Por Pantaleon.

(3) Por Magdalena.

las manos, formaron corro. Pantaleón quedó en el centro, y tocando, por su orden, á los que le tenían prisionero, dijo:

—Herradura
para la mula;
clavo, clavo,
para el caballo;
cinta de oro
para el moro;
cinta de plata
para la infanta;
tu-tu-ru-tu
que te vayas tú.

Y aquel cuyo pecho tocaba al recitar el último verso, corría á esconderse; estrechábase entonces el círculo, y se repetía la función. Escondidos todos, sentóse la Colorina sobre la yerba; Pantaleón sepultó en su falda la cabeza para no ver los escondites; púsose á gritar la guardiana, tirando al niño de las orejas:

—Conejicos, á la huerta,
que la zorra se me suelta,
¡que se me va!...
¡que se me va!...
¡Ya se me ha ido!...

Y Pantaleón partió como un cohete en

busca de los ocultos conejos. Los que escapaban de sus uñas y podían tocar el tronco del moral, eran salvos. El pícaro Pantaleon los dejó ir á todos, esforzándose por coger á Magdalena. La pobre niña corria por aquella huerta, encendida como una rosa y sudando como un cavador; las coles y lechugas doblan el cuello bajo aquellos cuatro triscadores y diminutos piés, sus verdugos; Pantaleon tocaba ya el vuelo de las fugitivas faldas, cuando.....

—Muchachos, chiquillos, ¡estais locos! gritó una mujer alta, de apacibles y bien parecidas facciones, de sonrisa incesante y aseado aspecto, que cosía en uno de los balcones corridos de la casa.

—¡Jesús, qué enemigos malos! decia bajando á la huerta. No van á dejar hortaliza. Pantaleon, ven aquí, que te he de matar, te he de matar.

Y el niño, en vez de coger á Magdalena, que estaba á su alcance, tanto crédito le merecian las amenazas de su madre, que se arrojó en sus brazos y la cubrió de besos.

La madre matona guardó en su lengua tan feroces propósitos, y levantando en alto al hijo de sus entrañas, le llamó rey, sol, príncipe y otras mil divinas tonterías que toda madre aprende en el libro de su corazon.

Aquella acomodada labradora era la tía Ana María (a) la tía Levítico, esposas del tío Mamés; Pantaleon el retoño único de este matrimonio; y Magdalena, hija del tío Pepe Blancas, el más rico vecino de Entrecastillos.

III.

Querrás saber ante todo, lector amigo, por qué adopté el original apodo *tía Levítico* para título de mi cuadro. Oye, pues. Me son antipáticos los apodos: no sirven, ordinariamente, más que para ridiculizar á las personas que los llevan. Prefiero el nombre de pila, que recuerda siempre algún héroe del Cristianismo y la mayor parte de las veces el día en que las puras aguas bautismales borraron de nuestras almas, dejándolas blancas como la inocencia, la mancha original. Pero en la sierra de Albarracin no tienen los mismos gustos, y todos se creen autorizados para rebautizar á quien se les antoja.

Sin embargo, el apodo de la tía Ana María reconocia un origen más legítimo: el señor Cura párroco, joven de buen humor, en uso de este último, ya que no de su ministerio, fué el inventor del sobre nombre.

Educada la tía Ana María por un tío suyo, sacerdote tan instruido como virtuoso, antecesor del entonces Cura del pueblo, llegó á ser, gracias á sus lecciones, la mujer más profundamente religiosa de Entrecastillos. No era lo que el vulgo llama una beata, pero tampoco despreciaba las formas, armonizando el culto interno y externo de la misma manera que en el hombre lo están el cuerpo y el alma. Tan conoedora de los deberes del cristiano como de las ceremonias del culto católico, practicaba aquellos hasta con meticulosidad, poniendo especial cuidado en que estas se verificasen en la parroquia como desde inmemorial era costumbre. Con el mismo fervor enriquecía su alma, adquiriendo, á fuerza de violentarse y examinar sus acciones, las más perfectas virtudes, que adornaba con blancos paños y flores los altares de los Santos. La iglesia de Entrecastillos, merced á su esmero y cuidado, continuaba pequeña y fea, porque tabbia sido construida, pero pura y limpia como si fuera de cristal. Tenia particular devocion á Nuestra Señora de los Dolores, y al adorno de su altar destinaba las rosas y claveles de su huerta. Compartia el tiempo entre su hogar y la iglesia, entre su familia y los santos; y hermanando de esta manera la obligacion con la devocion,

obrando el bien á todas horas y á manos llenas, la bendita Ana María era sin disputa la mujer más feliz del pueblo.

—Por qué, pues, le cupo también en suerte su correspondiente apodo? Porque en aquel país todos lo tienen, siendo generalmente más conocidos por él que por su nombre y apellido.

Reunidos en cierta ocasión los cofrades de san Roque en la casa-rectoría para celebrar una junta, quiso el Párroco novelarse de la puntual ó escasa asistencia de los asociados, y al efecto tomó el libro de los cofrades, y fué leyendo uno por uno sus nombres y apellidos. La sala estaba llena, y nadie contestaba, sin embargo.

—Hombre, muchos faltan, observó el señor Cura dejando de leer.

—Cá, no señor, contestó el maestro de instrucción primaria. Deme V. ese libro.

Nada comprendió el Párroco, pero obedeció.

—Cuquita, voceó el Maestro, dando principio á su tarea.

—Presente.

—Goticaceite.

—Presente.

—Mediamisa.

—Presente.

—Perotes.

—Presente.

Y en un *santiamente* contestaron uno por uno á sus apodos los que momentos antes permanecian mudos al oír sus nombres y apellidos.

Esto dará una idea al lector de lo que reina el *mote* ó apodo en aquel país.

Pero volvamos á nuestra tia Levitico. Muerto su tio, nombraron Regente de la parroquia al jóven sacerdote que á la sazón la dirigia, y apenas tomó posesion de su cargo, le fué necesario informarse de las costumbres religiosas de sus nuevos feligreses. Servíase al efecto del Sacristan; pero era el buen hombre de tan cortos alcances, que jamás obtuvo de él más contestacion que la siguiente:

—Mire V., señor Cura: sobre ese particular nadie le informará á V. mejor que la tia Ana María, que está impuesta en todas las cosas de la iglesia.

Tanto le dijeron y le volvieron á decir de la tia Ana María que el nuevo Ecónomo decidióse al fin á beber tales noticias en buena fuente; y suplicó á la entendida mujer que cuando involuntariamente incurriera en alguna falta, se lo advirtiese, pues no queria chocar con el pueblo.

Llegaron las fiestas que en tres dias consecutivos dedica el lugar á Santa Ana, san

Pantaleon y san Roque, y terminadas las solemnes Visperas, los hombres formaron en la puerta de la iglesia los corrillos de costumbre. Salió el señor Cura en aquel momento; la tia Ana María logró alcanzarle, y con toda la sencillez y candor del mundo le dijo:

—Oiga V., señor Rector: mi difunto tío, á quien Dios haya perdonado, siempre incensaba á san Roque el último, despues de santa Ana y san Pantaleon, porque decia que santa Ana fuá abuela de Cristo, y san Pantaleon mártir.

—¡Caracoles con la tia Levítico, esta! exclamó en alta voz el Cura, que era vivo de genio y se acordó eutonces del libro de las ceremonias que en el Antiguo Testamento lleva el mismo nombre.

—La tia Ana María rebujóse, avergonzada, en su mantilla, y se encaminó á su casa.

—¿Qué ha sido eso, señor Rector?

—Nada, que me viene advirtiendo que el Cura muerto, mi antecesor, incensaba á san Roque el último.

—Pues, sí señor, sí señor; es mucha verdad. Todos lo hemos visto, y la tia Ana María sabe de esas cosas más que Merlin.

Ignoro si de la ciencia de este sábio encantador formaba ó no parte el Ritual romano; pero lo que me consta es que aque-

lla frase bastó y sobró para que la tia Ana Maria se convirtiese en tia Levítico. La buena mujer adquirió entonces un apodo que nadie podrá quitarle: yo, el titulo de este cuadro.

Hé aquí satisfecho tu deseo de saber, lector curioso.

IV.

Al comenzar á escribir este párrafo se me ha ocurrido pensar en la felicidad, y abierto un libro que sobre la mesa tengo, tropiezo en una de sus páginas con lo siguiente:

«La felicidad humana no consiste en los placeres de los sentidos, cualquiera que sea la abundancia y variedad con que se gocen.

«No en estar exento de toda especie de penas, cuidados, negocios, turbaciones y molestias.

«No en la grandeza, en el rango ni en los destinos elevados.»

Esto dice un filósofo, y en mi sentir dice bien; y tal creo, no porque haya profundizado la materia, ni mucho ménos, sino porque la tia Levítico era la más feliz de su aldea, y sin embargo, los placeres de los sentidos reducíanse para ella á la con-

templacion de su huerta, sus flores y sus altares; de penas, cuidados, negocios, turbaciones y molestias, tampoco se veia libre; y toda su grandeza cifrabase en la elevacion de sentimientos; su rango, en ser una labradora acomodada; y sus encumdos destinos, en pertencer al órden relojeril, pues el tio Mamés tenia á su cargo el dar cuerda al de la torre, ocupacion que le valió el sobrenombre de *tio Relojero*.

Y sin embargo era feliz, muy feliz. Aquella casa con su austeridad, blancura y corredores, construida y habitada por sus antepasados, sembrada de dulces recuerdos y de tristezas simpáticas, era para la tia Ana María un palacio de valor inapreciable. Aquí abrió los ojos á la vida, y allí se extinguió, como una luz que se apaga, la de los que le dieron el sér. Sentada en esta *escañeta* cosía su buena madre á la sombra de los pámpanos y acariciada por las enredaderas del corredor; la almohada de aquella tosca poltrona permanece todavia hundida como si momentos antes la hubiese oprimido el peso de su tio, el auciano Párroco. No hay rincón en aquel edificio que no recuerde á la tia Levitico alguna historia interesante. Aquella huerta tan verde y tan lozana no era para ella joya de menos precio. El continuo y sonoro murmurio del riachuelo, que vivifica

con su humedad la agostada tierra, que blanquea y limpia cuanto se sumerge en sus cristales, que acoge en su seno á los graznadores patos y sirve de baño á las puleras palomas, es para su corazon la más melodiosa música. La hortaliza, los frutales, el rosal, las clavelinas, y sobre todo el nogal, á fuerza de haber nacido y vivido siempre entre ellos, llegaron á formar parte integrante de su ser. Testigos mudos de sus alegrías y penas, fueron para la sencilla tia Ana María los mejores amigos.

A la par que ellos, y correteando á su sombra, crecía en estatura, bondad y gentileza el pequeño Pantaleon; y aquella madre, que se derretía de amor á todo el mundo, mirábase en su hijo como en su propia imágen. Idolatraba éste á su madre, y al amparo de tal cariño se formó poco á poco obediente, despejado, generoso y bueno.

¿Tengo ó no razon para afirmar que la tia Levítico era muy feliz?

—¡Vaya una gracia! Era feliz porque ningún trabajo ni pena acibaraba su existencia.

—Eso no es verdad, porque si bien es cierto que su marido el tio Mamés era un hombre de bien á carta cabal, tambien lo es que tenia un geniecillo vivo é inflamable como la pólvora, y se iba aficionando,

un tantico más de lo que conviene á la tranquilidad del individuo, á las franquichelas y á la bebida. Ambas aficiones ocasionaban con frecuencia verdaderas penas á su mujer, que en vez de creerse infeliz, agradecía á Dios semejantes muestras de predileccion, pues sabia que las tribulaciones son el crisol donde la Providencia purifica á sus predilectos. Ni pronunciaba una sola queja, ni la sonrisa desaparecia un momento de sus labios. Contentábase con evitar á su compañero las ocasiones de la caída, y con este fin más de una vez preparó su merienda y trajo ella misma un cuartillo con que humedecerla. Con semejante táctica logró que el tio Mamés menudease menos, de dia en día, sus visitas al templo de Baco.

Respecto á trabajos, baste saber que permanecia tan ocupada como contenta desde la salida hasta la puesta del sol.

V.

Abril de 1864.

Deslizáronse doce años sin dejar en Ana Maria la menor huella de su paso; la misma bondadosa sonrisa adornaba siempre

sus labios; ni una sola cana ni arruga daban en su cabello y semblante testimonio del transcurso del tiempo. Es más permanente la juventud física cuando el corazón vive en continua primavera.

El travieso Pantaleón era ya un gallardo mozo.

Magdalena una linda y casadera muchacha.

Solamente el tío Mamés, gracias á las desazones producto de su genio de vinagre, á las repetidas francachelas, y sobre todo á los disgustos inherentes al cargo de alcalde, que, contra su voluntad, y más aún de la prudente tía Levítico, pesaba sobre sus hombros, envejecia á pasos de gigante. Sin contar aún medio siglo, eran ya raros los cabellos negros que resaltaban entre la nieve de su cabeza.

En la misma calle, separado de la del tío Mamés por cuatro ó cinco casas, elevábase el caserón del potentado padre de Magdalena. Una magnífica huerta se extendia á sus espaldas contigua al seto de la de la tía Levítico, línea divisoria por aquel lado de ambas fincas. La huerta de Magdalena era cuádruple que la de Pantaleón; pero la hermosa niña llamaba jardín á la de éste, y *cerrado* á la suya; y, en efecto, todo era poesía y gusto en la primera, é incuria interesada en la segunda. La casera legum-

bre, las flores, la fruta y hortaliza reinaban en aquella, al paso que grandes cuadros de cebada y remolacha componian el adorno único de esta. Efecto de tan mal entendida especulacion, el rico tio Pepe Blancas no comia más fruta ni más verdura que las que le regalaba su vecina.

Las lágrimas de una mañanade Abril brillaban como gotas de cristal en el seno de las rosas; permanecia escarchada la yerba de los ribazos; movibles balsitas de rocío reíanse de la sed en las hojas de las coles y lechugas; el sol doraba las crestas de los peñascos de en frente, y las más altas ramas de los nogales participaban tambien de sus cálidos efluvios; los pájaros movian con sus matinales cánticos tal desconcierto, que el delicado rui señor cerró el pico, tapóse los oídos, y se escondió en lo más espeso de los matorrales, arrojaban todas las chimeneas espirales de humo, que, burlándose de las nogueras y peñascos, perdianse atrevidas en las regiones solares; el gallo dejaba oír su potente voz dominando los demás sonos; se abrian las puertas con estrépito; en la fea y chata torre repicaban las campanas convocando á misa primera, y la aldea toda despertaba, dando principio con la señal de la cruz al trabajo del nuevo dia.

Pantaleon, descalzo de pié y pierna,

abrió con la azada los aguatales de su huerta. El agua precipitose bulliciosa en los surcos, inundando despues las eras de la hortaliza. El regador la hizo duo entonando con voz clara y sentimental, mientras dirigia el riego, la cancion siguiente:

Eres el mismo retrato
de Maria Magdalena:
son tus ojos como endrinas
y tu boquita pequena!

Una de las ventanas que caen á la huerta del tio Pepe Blancas se abrió en aquel momento. Por entre los claveles de dos canastos, que haciendo de macetas adornan el alfeizar, asomó un manojito de rosas y de azucenas, y dos ojos negros como endrinas, segun bellisimamente dice la cancion popular, miraron hácia la huerta inmediata.

La misma voz cantó de nuevo:

Toda mi vida en Argel
y no me cautivó el moro,
y una vez que te miré
me cautivaron tus ojos.

La niña arrancó el más hermoso clavel de uno de los tiestos, lo acercó á sus la-

bios, y adornando despues con su sonrosado color el negro de sus cabellos, dió fin á su matinal tocado, y bajó á la huerta.

Pantaleon, al verla encaminarse hácia el seto divisorio, cantó por tercera vez:

De los piés á la cabeza
eres un ramo de flores:
bendita sea la madre
que por tí pasó dolores.

—¡Cuántas tonterías has cantado en tan poco tiempo, Pantaleon! dijo Magdalena apoyando sus brazos en el seto mientras los verdes brotes de las sargas, que hacian de estacas, la acariciaban suavemente por ambos lados, movidos por la brisa.

—Calla, hechicera; qué han de ser tonterías, contestó el regador aproximándose. Verdades como templos.

—Anda, zalamero; que eres capaz de burlarte del lucero del alba.

—¡Qué graciosa! ¿Conque esos dos ojos no son negros como dos endrinas maduras? ¿Conque esa boca no es tan chiquita que apenas cabe por ella una almendra? ¿Conque no es verdad que me robaste el alma con tu mirada? ¿Conque no eres un ramo de flores, y llevas una espuerta de rosas en cada carrillo y un hermoso clavel en el moño? Anda, anda, que parece que

en tu vida te has mirado en ninguna fuente.

Pantaleon decia bien. Magdalena ostentaba en aquel momento todas las perfecciones que su novio habia enumerado, con más el rubor de la modestia, que, á la par que sonrosaba su rostro, le hacia inclinar la cabeza mirando á tierra, en tanto que sus dedos retorcian inadvertidamente las puntas del delantal. Pantaleon contempló un momento á su amada.

—¿En qué piensas? le dijo por fin. Ea, mírame, que pareces la Virgen de la Soledad.

Para el religioso campesino, el prototipo de la hermosura es la madre de Dios.

—Penseba, contestó Magdalena, levantando su hermosa cabeza, en que solo me quieres porque te parezco bonita.

—Mira, Magdalena; te quiero porque te quiero, y aunque viese esa cara de rosas, que Dios te ha dado, picada de viruelas ó comida por aceite hirviendo, te querria lo mismo.

—Es que la hermosura se la llevan los años.

—Pero no el cariño.

—¿Y me querrás siempre, siempre?

—Mientras viva, ¿y tú á mí?

Magdalena ruborizóse de nuevo, volvió á su novio la espalda, y se alejó cantando:

La cadena del amor
tiene fuertes eslabones;
y el que se vé preso en ella
tarde sale de prisiones.

Pantaleon arrancó la más bonita rosa de cien hojas del rosal inmediato, y llamó á Magdalena.

—¿Qué quieres? preguntó esta.

—Cambiamos: dame el clavel, y ponte esta rosa, que te dirá mejor.

—¡Justito y caball! Y tú ¿qué sabes para quién guardo yo el clavel?

—¿Para quién ha de ser? Para mí.

—Vamos, tómallo, que siempre te has de salir con la tuya.

El clavel cedió el puesto á la rosa, y entre ambas flores perfumaron el cabello de la serrana mejor que las más preciosas esencias.

—¡Pantaleon, muchacho, que se están embalsando las judías! gritó desde uno de los corredores su madre.

El regador tomó la azada y voló á remediar su descuido.

—¿Aún no has encendido lumbre, chiquilla? preguntó poco despues en la cocina el tío Pepe Blancas á su hija. ¡A buena hora estará el almuerzo para los pastores! Mira que tienes demasiados pajarillos en

esa cabeza de chorlito, y con eso no hemos de comer.

Mientras la niña hacia fuego en el hogar para disponer el almuerzo, su padre, que era un vejete acartonado y tiesecillo, con cara de pocos amigos, nariz y barba puntiagudas, ojos hundidos, cabello de nieve y abundante, formando dos mechoncitos sobre las sienes y con resabios á colilla en el occipucio, paseábase en la cocina, refunfuñando como de costumbre.

—Ea, decia; manos á la obra, y no echas tanta leña. ¡Cómo se conoce que ni has de ir tú por ella, ni la has de pagar!. Pues, mira, sabes lo que te digo, que como te llegue á coger mirando siquiera á ese pelagatos de Pantaleon, te has de acordar de mí.

—Pero, padre...

—Nada, nada; no me vengas con aquí las puse. Cada cual sabe dónde le aprieta el zapato, y tú no te casarás con un pobretón. ¡Pues vaya un mayorazgo para encapricharse de él, cuando no tiene más que la huerta, la casa y pare usted de contar! Porque los cuatro rochos y la paridera, maldito si de balde los tomára el diablo.... En fin, que no me dá la gana, y se ha concluido. Para pobreza bastante hay en casa, y no hemos de ir á doblar la carga porque se le haya puesto en las narices á una mocosa.

VI.

El tío Mamés dejó por fin de ser alcalde. No había memoria en el pueblo de administración más bullanguera que la suya. Rara era la fiesta en que el Ayuntamiento no tuviese su francachela; y los cabritos devorados por la corporación municipal á orillitas de las fuentes del término, eran sin cuento. Preocupaba á la alcaldesa el menudeo de las merendolas, porque, siguiendo la costumbre del país, ella era el cajero y guardian de los fondos del matrimonio, y de su arca no había salido un céntimo con tan gustoso objeto. —

—Oye, Mamés, le dijo un día al regreso de las consabidas; para vosotros no hay fiesta sin merienda, ni merienda sin cabrito y algo con qué remojarle: ¿de dónde salen esas misas?

—¡Toma! ¿de dónde han de salir más que de la sacristía? contestó el marido.

—Es que...

—¿No te pido dinero?

—Justo y cabal.

—Anda, anda, que como no sabes de letras, tampoco tocas pelota en semejantes asuntos. Las meriendas de todo Ayuntamiento nacido y por nacer, se pagan en

todas partes de fondos municipales; con- que no te calientes los cascos.

—Milagro será no tengamos que sentir. Figúrome que el lugar no paga contribu- cion para que vosotros os relamais y os trateis como cuerpo de Rey.

—No refunfuñes, mujer, que las perso- nas más leidas que tú no nos chupamos el dedo. Cuando la justicia hace una cosa, se- ñal de que puede hacerla.

Es de advertir que toda la letra del Al- calde cifrábase en pintar su nombre; y de- cimos pintar, porque no sabía leer. A los pocos dias de haber sido elevado á cargo tan importante, el Maestro de primeras letras le enseñó á escribir su nombre para que pudiera firmar, obra de romanos que se dió por terminada el décimoquinto dia de su comenzamiento. Producto del ím- proba trabajo de quince dias fué un *Mames Buiz*, que hubiera hecho honor al más fino pendolista. Sus trazos, más que de Iturzaeta, parecian pésimas imitaciones de las líneas con que los mapas indican el curso de los rios; difícil era tropezar con letra sana, adoleciendo por lo comun las emes de pronunciada cojera; el *Ruiz*, encaramado sobre el *Mamés*, pretendia volar, y entre los dos formaban, por últi- mo, un jeroglífico emborronado é indesci- frable. Esto sin embargo, el tío Mamés

creía á *pié juntillas* saber escribir, y más de una vez contempló con fruicion el producto de su ciencia.

La buena tia Levítico, como ni conocía la , *q* ni entendía una jota de fondos, se calló por fin, dejó de contrariar á su esposo, y este perseveró incauto en su imprudente conducta.

Mas apenas libre aquel matrimonio de los cuidados de la alcaldia un triste acontecimiento, que como nube de mal agüero se cernía ya sobre sus cabezas, preocupóle dolorosamente. Pantaleon entraba en la próxima quinta.

Los pálidos rayos de un sol poniente despedianse de Vallehermoso, iluminando tan solo las crestas de los peñascos que en su occidental extremo contemplan á Entrecastillos. La acequia del molino murmuraba entre los juncos, persiguiéndose unos á otros sus cristales sin alcanzarse nunca. Era el único ruido que interrumpía el silencio del valle. Paralelo á la acequia y en direccion opuesta, corría solitario y recto hácia Entrecastillos el camino que pone en comunicacion ambas aldeas. Los trigos en flor de los campos contiguos, semejantes a un lago de verdura, extendian blandamente sus ondas, formadas é impelidas por la brisa, hasta besar el polvo del camino. Nunca tarde más apacible,

puesta de sol con más celajes de oro y púrpura, y silencio más conmovedor. ¡Felices vosotros los que podeis presenciar á todas horas cuadros semejantes!

Ya cerca de Entrecastillos, trás una vuelta del camino, apareció, enderezando espantadiza sus descomunales orejas, una burra; sin más aparejo que la albarda, ni más ginete que las alforjas. Seguiala un labrador de blancos cabellos, con una vara en la mano. Vencido el espanto, y echadas atrás las descomunales, carácter distintivo de la familia, permitióse la burra, dando una corridita y cuatro cabriolas para ponerle al alcance de sus mandíbulas, descabezar un cardo borriquero que con permiso de los Zoilos del Guadarrama, decia en una márgen próxima *comedme*.

No fué muy del gusto de su amo esta inocente travesura, y enarbolando la vara, dijo:

—¡Arre, golosa, arre! y descargó un brutal varazo sobre las ancas del sufrido animal, que partió al trote, menudeando los pasitos cortos y rápidos y lanzando al viento un sonoro y prolongado rebuzno, que traducido del asnal al lenguaje humano, queria decir:

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡qué bruto se vuelve mi amo cuando le pica la mosca!

—¡Hola, Mamés, traes una cara y un humorcillo, que parece que te deben y no te

pagan! le dijo al viajero un aldeano que salía del lugar.

—No me falta razon, Pepe Blancas, contestó el ex-Alcalde: que cuando se le empiezan á torcer á uno las cosas, hasta los burros tiran coces.

—Cuéntame, hombre: ¿qué te pasa?

—¡Qué ha de pasar! Que hay gente en este mundo que no se acuerda de santa Bárbara más que cuando truena, y de los *probes* cuando nos necesitan. Figúrate tú que antaño, cuando aun empuñaba yo la vara de la justicia, quiso salir *deputado* ese D. Cucufate de Teruel, que no tiene más que fanfarria y pocos pelos en la lengua. Pues, señor, como acá le votaron todos por mi buena cara, el hombre se me ofreció y dijo que le mandase. Llegó ahora el caso: necesitaba unos dineros para la contrata de Pantaleon, á ver si podiamos librarle de la maldita quinta, y el tio hereje ese, en cuanto oyó que queria me los prestase sobre mi huerta, á poco más me manda pegar una paliza... ¡Vamos, si no es porque habia gente delante, lo ahogol... Como lo oyes... te digo que le aprieto el gznate.... ¡A fé que cuando las *votadas*, todo eran dedaditas de miel por arriba, tio Mamés por abajo..... ¡El tio tu-nantel!

—Es un chasco, Mamés, es un chasco;

pero ¡como ha de ser! Dios proveerá, y tal vez se libre tu hijo.

—Pues vaya un consuelo. En vez de decir: «No te apures, chico, aquí está mi bolsa,» me sales con esa pata de gallo..... Ya sabia yo que eras cerrado como el puño. Pues, hijo, no te lo has de llevar á la sepultura.

—¿Ahora la pegas conmigo? ¿De dónde te has sacado tú que tengo dineros para prestar á nadie? ¡Vaya, vaya!... Pues hombre...

—Calla, Pepe Blancas, no ofendas á Dios mintiendo de esa manera. ¿No sabe acaso todo Entrecastillos que eres el más rico del lugar? Dí que no quieres hacer esa obra de caridad á un antiguo camarada, y se ha concluído. ¡Dios te lo premie!

Y sin esperar más razones, arreó un segundo varazo á la pobre burra, víctima inocente del mal génio de su amo, y prosiguió su camino.

A la entrada del pueblo paseábase por delante de la ermita de Santa María Magdalena el señor Abdon Uña, secretario del Ayuntamiento.

Con la repugnancia que inspira á todo hombre de bien el contacto con el malvado, vamos á poner al lector en las más políticas relaciones posibles con este personaje.

Era nuestro hombre bajo, regordete, de

frente que hacía espaciosa una prematura calva, ojo pequeño y penetrante, nariz roma, bigote de zapatero, y un gesto que la generalidad tomaba por sonrisa y señal inequívoca de franca alegría, pero que más bien era indicio de la astucia del zorro que olfatea en donde clavar el diente, imprimía un sello característico á aquellas facciones, espejo digno del alma que en ellas se reflejaba. Era el único que vestía pantalon en la aldea, pues hasta el señor Cura ocultaba bajo su sotana el antediluviano calzon corto; y como la pronunciaciön de su nombre se resistia á los labriegos, denominábanle, contra la costumbre, por su apellido unas veces, y por su cargo otras.

El ex-calde tio Mamés, que descubrió su cabeza al pasar por la ermita, repitió la operacion al encontrarse con el Secretario. Estos funcionarios ejercen tal influencia sobre los tan ignorantes como honrados alcaldes de pueblo, que llegan á convertirlos en verdaderos maniquies y editores responsables de sus faltas y embrollos. Nada de extraño tiene que dichas autoridades municipales los consideren y saluden como á superiores.

—Buenas tardes, señor Uña. ¿Qué hacemos? ¿se pasea?

—¡Hola, Mamés! Me alegro de encontrarte, para decirte que mañana rendiréis cuen-

tas al nuevo Ayuntamiento: ya están corrientes.

—¿Y qué, alcanzo algo?

—¡Alcanzar! A tí si que te alcanzan.

—¡A mí! ¿Estás en tu juicio?

—¡Toma! ¿y eso te estreña? ¡Pues qué! ¿ha habido Ayuntamiento que más mano haya metido á los fondos municipales que vosotros?

—¡Qué nosotros! preguntó el tío Mamés estupefacto.

—Vosotros, sí señor, vosotros: ¿qué te admira? contestó el Secretario volviendo á emprender su paseo con la mayor sangre fría.

Quedó el ex-Alcalde contemplándole un rato en silencio, como quien se resiste á creer lo que oye; pero al verle volver la espalda, la sangre se agolpó á sus mejillas para dejar en su lugar, al retirarse, la palidez de la cólera; soltó un redondo taco, y arrojándose sobre el señor Uña, mientras blandía sobre su cabeza la flexible vara, exclamó:

—Si no fuera mirar...

Pálida la rechoncha faz del amenazado, y muerto de miedo, aunque echándola de valiente, retrocedió murmurando:

—¿Qué... qué... qué es eso? ¿Crees... que no es verdad?

—Lo que creo es que en Entrecastillos



te conocen mejor que yo, pues todos te tienen por un bribon de cuatro suelas.

—Mira lo que dices... que... estás insultando á una autoridad, y te puede costar caro.

—Pues lo dicho, dicho, so tunante; mañana nos veremos las caras.

El indignado labriego descargó su cólera con un tercer varazo sobre la pollina, que por matar el tiempo se refrescaba despuntando el césped de un ribazo, y precedido por el pacientísimo animal, penetró en la aldea.

VII.

La casa del tío Pepe Blancas comunica con la huerta por una estrecha puertecilla, á la que sirve de cielo un hermoso emparado. Dos bancos de mampostería, que partiendo de la pared de la casa á uno y otro lado de la puerta van en busca de los pilares, sostén de la verde techumbre, cierran un espacio que convida á disfutar apacible sombra.

Era el siguiente dia al en que tuvo lugar el encuentro del tío Mamés y el señor Una. Algunas vecinas cosian y charlaban con Magdalena bajo el emparrado dicho. Sen-

tada esta sobre un *celemín*, bordaba una camisa para su padre. Aquellos *ojetes* calados, hojas de realce y demás *ringorran-gos*, productos de los afanes de la hermosa serrana, no componian ningun conjunto artístico, ni mucho menos; pero pareciéronles á las inteligentes comadres primorosos, y esto bastó á recompensar los sudores de la bordadora.

Oye, Magdalena: ¿cuándo le bordas una camisa á tu novio? preguntó una mujer seca, curiosa y charlatana como ella sola.

—¡Jesús! ¿á mi novio? contestó la jóven ruborizándose. ¿De dónde ha sacado usted., tia Petra que tengo novio?

—Vamos, mujer, que en este mundo lo que no se hace es lo que no se sabe. Ahora me vienes con esas: pues qué, ¿no se dice por todo el lugar que Pantaleon y tú os arrullais como dos pichones?

—Calle V., por Dios, calle V...

—Pero, hija, ¿qué hay de malo en que tengas novio y os querais de esa manera? ¿No sabemos acaso lo que son mozas? Pues todas lo hemos sido, y aquí donde me ves hecha un espantajo, también yo tuve mis quince y otros tantos novios.

—¡Calla, calla, habladora! dijo una vecina robusta y colorada: ¿qué has de tener tú quince novios si somos del mismo tiempo, y á no ser porque le di yo calabazas á

tu marido, creo que te quedas para vestir imágenes!

—¡Jesús! Gabriela, no sé como tienes valor para decir semejante cosa, cuando todo el mundo sabe que mi marido te puso un zancarron por enramada,

—¿Pues no he de tenerlo, si me lo puso de rabia porque no le quise?

—¿Y qué falta le hacia tu *querencia* teniendo la mia?

—¡Vamos, Petra, que á todo hijo de Adan gusta lo bueno!

—Como si una hubiese sido un trapo viejo...

—Tú no eres trapo viejo; pero sí jóven fea.

—*Más que tú.*

Ya lo sabia.

—Vamos, vamos, observó una anciana: ¡á qué fin gastar saliva en balde, si ninguna habeis de descaros para buscar nuevo marido?

—Tiene V. razon, contestó Petra. No merece el asunto la pena de incomodarse. Si alguna cosa envidia en este mundo, es la paciencia que Dios ha dado á tu suegra.

—¿A la tía Ana Maria? preguntó la inocente Magdalena.

—Sí, hija, ella no se enfada por nadie, ni por nada; parece de piedra. Esta mañana, sin ir más lejos, otra cualquiera hu-

biera tenido un disgusto de muerte.

—¿Sabes en qué consiste eso, Petro? añadió la anciana. En que Ana María es muy buena, y no quiere ofender á Dios rebelándose contra su santísima voluntad,

—Podrá ser, tia Salvadora; pero todas la acatamos como es debido, y sin embargo, si nos ocurre alguna desgracia, sea la que quiera, ponemos el grito en el cielo.

—Hija, es que no nos resignamos de veras, pues el hijo que mucho quiere á su padre le obedece siempre con gusto, aunque le mande cosas pesadas.

—Yo no sé lo que es, pero lo que puedo decir es que si me hubiese sucedido la mitad nada más que á Ana María, alboroto el lugar á gritos, y no paro hasta arañarle la cara á ese bribon de Escribano, que tiene el lugar perdido y va á perder tambien al tonto del tio Mamés, que le creyó. Chicas, lo siento por esa bendita Ana María, que es una santa, y por Pantaleon, como si fuera cosa propia.

—Pero ¿qué ha sido ello? preguntaron todas.

—Hijas: ¿de veras no sabeis lo que pasó esta mañana en la casa del lugar?

—Ni Una palabra.

—¡Vamos! como vuestros hombres no son de justicia, no es extraño; pero la ver-

dad, creí que todas lo sabiais. Y á tí Magdalena, ¿no te ha dicho nada Pantaleon?

—Hoy no he hablado con él, contestó la jóven ruborizándose de nuevo.

—Pues, vamos, yo os lo contaré: es una cosa que clama al cielo, y se necesita toda la santa paz de esa bienaventurada Levítico para que no se encienda la sangre.

Aquí tomó aliento la narradora, y dándose toda la importancia que el caso requería, continuó:

—Figuraos vosotras que el mismo dia en que empuñó la vara el tio Mamés cuando el buen hombre quiso pagar el gasto de la merienda hecha para celebrar su eleccion, el tunante del señor Uña, porque es un tunante, y todo el lugar lo sabe, le dijo que cómo se entiende; que de ninguna manera; que todos aquellos gastos salian de las contribueiones, y que ya lo sabia: todas las comilonas y diversiones del Ayuntamiento las pagaba Entrecastillos. Hijas, el tio Mamés, como es tan *tontarra*, lo creyó á puño cerrado, y mientras ha sido alcalde, ya lo sabeis vosotras, no ha habido Ayuntamiento más bromista. ¡Ya se ve! como no les costaba un cuarto, hacian perfectamente; pero esta mañana, al rendir cuentas á mi marido y demás señores de justicia, me les ha salido el señor Uña con la pata de gallo de que por sus despilfarros

salian *alcanzaos* en un *sin fin* de miles, no recuerdo cuántos, pero mucho dinero, mucho. El tío bribón del Escribano les ha puesto en cuenta todos los cabritos y meriendas, y según ha dicho mi hombre, algunas que nadie se ha comido. El caso es que como él solo sabe de letra, ha hecho mil *tapujos* y embrollos, ajustando al pobre tío Mamés las peras á cuarto. Hijas, cuando esto han visto los del Ayuntamiento *pasao*, se ha movido allí una que será sonada; le han dicho á ese emborrón-papel cuantas picardias les han venido á la boca, y si no es porque estaban en la sala del lugar, lo muelen á palos. Pero el muy ladino se salió al fin con la suya, y cuando se fueron juró venderles hasta la camisa para pagar. El caso es que, como los otros son tan pobres, el bueno del tío Mamés se ha perdido sin remedio.

La narradora tomó aliento por segunda vez, y aprovechando la pausa se desató el auditorio en improperios contra el dicho funcionario municipal, que, como indicaba su apellido, no había sido dotado en balde por la naturaleza de las protectoras prelongaciones de los dedos.

—Pero dígame V., tía Petra, preguntó Magdalena dolorosamente impresionada: ¿el tío Mamés tendrá con que pagar?

—Creo que sí, hija; pero entonces tal vez

no pueda comprarle sustituto á Pantaleon, si tiene mala suerte en la quinta.

Magdalena palideció: bajo los ojos, y se puso á clavar la aguja, sin saber para qué ni en donde. Consiguió su objeto dominando la emocion de que era presa, pero seguramente nada ganó el bordado con esta maniobra.

—¡Cuánto habrá llorado ya la buena Ana María! observó una.

—Hoy en todo el dia se le ha visto salir de casa, ni siquiera bajar á la huerta, añadió Gabriela,

—¡Pobrecica! Esas ganas tendrá, dijo la anciana. Mirad, que si tuviese que vender la casa ó la huerta, habria para morirse de dolor.

—¡Jesús, María y José! Yo me dejaria matar antes de salir de la casa en que nació y donde cerré los ojos á mis padres, que de Dios gocen, corroboró Petra.

—Pues figúrense Vds. si seria golpe para Ana María, ella que tiene sus cinco sentidos puestos en su casita y en aquella huerta sembrada de primores. ¡Dios no quiera, exclamó Gabriela.

Una lágrima se deslizaba entre tanto inadvertidamente por la mejilla de Magdalena.

VIII.

Lo que la habladora tia Petra habia contado á las demás comadres bajo el emparado del tio Pepe Blancas, era la verdad pura. Tomadas las cuentas, el nuevo Ayuntamiento alcanzó 6,000 reales al presidido por el tio Mamés. De qué manera las con-sabidas meriendas y regocijos produjeron desfalco tan considerable en las cuentas del Municipio, no es fácil adivinarlo. E señor Uña estaba, sin embargo, en el secreto, y cierta malévola sonrisita, acompañada de frotamiento continuo de manos, era indicio seguro de la fruicion con que contemplaba aquellas partidas y números producto de sus aritméticas ingeniosas operaciones. Ni un solo documento justificativo faltaba en el expediente: fueron, pues, aprobadas sin escrúpulo, y para cubrir el déficit exigieronse los 6,000 reales en primer término responsable, el tio Mamés. Este se puso hecho una furia, y si le dejan, en la misma sala del pueblo estrangula al Secretario, que á su vez se bañaba en agua rosada, murmurando entre dientes:

—¡Qué demonio de palardos más cabezonzos!... ¡Es mucho cuento, que no le han

dejar á un hombre *honrado* y pacífico, que con nadie se mete, ir cubriendo poquito á poco y bonitamente el riñon!...

Todo fué inútil. El ex-Alcalde partió á su casa hecho un energúmeno, jurando y perjurando que aquel bribon habia de morir á sus manos.

La tia Levítico escuchó impasible el relato de su marido, esforzandose únicamente en calmarle. Compendiáronse todas sus reconvenciones en la siguiente frase.

—¡Válgame Dios! ¿Cómo ha de ser? Ya te decia yo que tendríamos un disgusto.

La imperturbabilidad de aquella mujer del pueblo, que tanto contrastaba con la agitacion y furia de su marido, tenia un no sé qué de grandioso, que, á más de imponer, subyugaba. ¡Cuán cierto es que un corazon en calma y digno de sí mismo está muy por encima del que es débil juguete de sus pasiones!

El tio Mamés era uno de esos hombres á quienes la contrariedad irrita más; pero que se calman poco á poco cuando abandonados á sí mismos no se les opone resistencia. En aquel estado no hubiera habido dique capaz de contenerle. La bondad tan solo de su esposa pudo apaciguarle.

Pantaleon sufrió entonces el primer desencanto. Jóven tan sin doblez como generoso y honrado, que jamás habia salido de

su aldea, juzgaba por sí á los demás, y naturalmente los hechos le hacian rectificar su juicio.

Aquella noche, reunido con su mujer é hijo al rededor de la lumbre, se halló ya el tío Mamés dispuesto á discutir tranquilamente la manera de hacer ménos doloroso el pago de los seis mil reales. Como sabemos por el tío Pepe Blancas, reducíanse las propiedades de aquella familia á cuatro *pegujales* ó *rochos* sin valor alguno, una paridera sita al pié de los peñascos detrás del pueblo, la casa y la huerta. Descartados los pegujales y paridera, porque no habria de seguro quien diera mil reales por ellos, quedaban tan solo la casita y la huerta: la eleccion no era dudosa. Aquella les era indispensable para vivir, pues en Entrecastillos son desconocidos los alquileres, porque ni hay inquilinos ni edificios que alquilar. El jurado optó, pues, por la huerta, cuya compra ofecieron al dia siguiente al tío Pepe Blancas.

Cuando los tres se convencieron de que no habia otro recurso que desprenderse de aquella finca, legado de sus mayores, sosten y alegría de la familia, pintóse en el semblante de padre é hijo la más dolorosa impresion. La tía Ana María permaneció serena, pero una lágrima rodaba,

sin que ella misma lo notase, por su mejilla. El tío Mamés volvió poco á poco al furor primero, y grandes esfuerzos costó á su mujer inculcarle conformidad y decirle á que aceptara el descanso. Pantaleon, averganzado de que involuntariamente le saltasen las lágrimas, huyó sollozando de la cocina; y su madre, arrodillada ante una estampa de nuestra Señora de los Dolores, pidió para los tres la resignacion que tanto necesitaban.

Dos dias despues, mustio como el convaleciente que por vez primera sale á la calle, y cabizbajo como si el peso de una preocupacion intensa le hiziese inclinar la cabeza, encaminóse el tío Mamés á casa de su sucesor el Alcalde de Entrecastillos.

—Buenos dias, Bruno, dijo entrando en la cocina y sentándose junto á la primera autoridad del lugar, que sostenia del mango una sarten puesta al fuego.

—Hola, Mamés, ¿cómo anda ese ánimo?

—¿Cómo quieres que ande? Hecho una hiel.

—¡Y qué! ¿has vendido por fin la huerta?

—¡Qué habia de hacer!

—¡Ya lo veo, ya lo veo! pero me parece que el tío Pepe Blancas se ha aprovechado de la ocasion: tu huerta vale más de siete mil reales.

—Por siete mil duros no la hubiera dado yo; pero, calla, que si no le cuesta siete mil palos á ese tio ladron, he de dejar de ser quien soy.

—Hombre, Mamés, no digas eso delante de la justicia: ¿no ves que te comprometes? Además, tú dí lo que quieras, pero es lo cierto que el señor Uña presentó sus cuentas muy en regla, y todo justificado... en fin, sin *pero* ninguno.

—¡Ya lo creo! lo mismo te las presentará á tí el dia que salgas de alcalde; y si no caes en sus uñas, me dejo cortar una oreja. Sabe mucha letra menuda ese tio tunante.

—Lo que es eso, allá lo veremos: bueno es escarmentar en cabeza ajena. Yo ya estoy decidido: la primera que haga, la paga. En seguida *tomo el portante*, bajo á Teruel, y se lo cuento al Gobernador.

—Aunque estés con cada ojo abierto como un caldero, me figuro que te la pega.

—Lo que es como á tí, lo dificulto, porque ya me guardaré yo muy bien de comerme un cabrito ni medio.

—Y tú crees que los que nosotros nos hemos comido importan seis mil reales? A otro can con ese hueso.

—Chico, yo no creo nada, más que ese *difícil* (1) de las cuentas se ha de llenar.

(1) Por déficit

—Hombre, ¿y no habria medio de echarle tierra al asunto?

—Yo no veo ninguno.

—Me pierdo, pues, para toda mi vida.

—Mucho lo siento, chico; ¿pero qué le has de hacer? ¿Quieres que lo pague yo? Eso no es *rigular*.

El tio Mamés permaneció un momento pensativo, levantó luego la cabeza, y dijo:

—Tienes razon: lo mejor será darte los seis mil reales, que el que paga descansa. Lo demás es cosa mia.

Pronunció la última frase en son de amenaza; y mientras del bolsillo de la faja sacaba un papel con oro, no fué dueño de ocultar el temblorcillo nervioso de que era presa. En monedas de á cien reales contó de una en una los seis mil, que entregó al Alcalde, y se despidió diciéndole:

—Ya me darás recibo.

—Bueno, contestó la autoridad. En cuanto vea al Secretario se lo haré extender, y yo mismo te lo llevaré á tu casa.

V.

Apresura la primavera su florido paso, sembrando por todas partes verdor y movimiento, y llega la vispera del primer Domingo de Abril. Viste siempre la estacion

de los amores las mismas galas, causando impresiones semejantes, y, sin embargo, jamás el hombre encuentra en ella monotonía. Las flores, el sol, las hojas, los pájaros y las fuentes, son todos los años sus inseparables compañeros de viaje, y todos los años los vemos venir con regocijo, sin nunca cansarnos de sus gracias.

En frondosidad y verdura prosperan con la estación las huertas de Entrecastillos. Tapizando insensiblemente su parduzco suelo, entretejen muelle alfombra, que huella con perezosos piés el lugarejo. Destácase la casa de la tía Levítico entre vegetación tan abundante, como se destaca solitaria azucena en un bosquecillo de verde. El seto divisorio ha desaparecido, convirtiéndose en una las dos huertas, ocupa su lugar un ribazo. El puentecillo sobre la acequia y la escalera que conducía á la casa tampoco existen. Conservan tan solo los corredores, en cestas y cántaros rotos que hacen de tiestos, algunos rosales y clavelinas, adorno en otro tiempo de la huerta. Era cuanto, con cincuenta duros, quedaba á sus dueños de la hermosa finca de sus mayores, patrimonio á la sazón del padre de Magdalena. Las trepadoras enredaderas, que bordaban no há mucho los balcones y barandilla de la escalera, pro-

testan, empinándose por la pared, contra tan inesperada traslacion de dominio. Semejantes á viejos y fieles servidores, aunque les consta que no han de poder recompensar sus servicios, extienden sus brazos salpicados aun con la cal de la obra, y procuran con todas sus fuerzas pegarse al edificio de sus antiguos amos.

Pantaleon trabaja, no obstante, en la que fué su huerta. Empieza el sol á hundirse tras los peñascos, y sus últimos y débiles rayos, introduciéndose por los intersticios, hacen tomar un tinte amarillento á las hojas de los nogales. En el corredor del primer piso cosen silenciosas la tía Ana María y Magdalena. Con las cabezas bajan manejan rápidamente las agujas, y si alguna vez interrumpen su tarea, es para dirigir una mirada, tan compasiva como cariñosa, al gentil hortelano. También este levanta de vez en cuando sus tristes ojos al corredor, y como el español, «cuando canta, sus penas espanta,» entona Pantaleon, para espantar sin duda las suyas, la cancion siguiente:

Comunicame tu pena,
yo te diré mi dolor,
que penas comunicadas
alivian el corazon.

Las mujeres le escuchan en silencio. Magdalena corta con los dientes la hebra, clava la aguja en la almohadilla, dobla la camisa que bordaba, y colocándolo todo en el canastillo de la costura, se dispone á partir. Tal es la bondad y calma del rostro de la mujer y tanta la hermosa ternura del de la niña, que poético y exacto me parece compararlas á la aurora y tarde de un hermoso dia, frase de un autor célebre.

—Mire Vd., dice la niña levantándose, si mi padre podia haber respetado la escalera de la huerta, y no tendria yo ahora que dar un rodeo para irme por la calle á casa!

—Hija, ¿qué quieres? contesta la tia Levítico. Tu padre ha hecho muy bien: á nadie le gustan puertas ajenas en lo suyo.

—¡Jesús, tia Ana María! ¡Parece mentira! Por más que me hago *los cargos*, no quiero creer que la huerta no sea ya de ustedes.

—¡Cómo ha de ser! No habia otro remedio. ¿Querias que no pagásemos la deuda?

—No, señora: demasiado sé que el que debe tiene obligacion de pagar; pero me parece cosa de sueño el verla á V. tan conforme y tan como si tal cosa.

—Pero, hija, ¿no he de estar conforme, si no tenemos más que motivos para dar gracias á Dios? Mira, desgracia grande ha sido el tener que vender la huerta de mis

padres; pero peor fuera no poder pagar de ningun modo, quedándonos de un golpe sin honra y con una pesadilla más de conciencia. Conque lo que debemos hacer es darle un millon de gracias porque nos deparó, sin merecerlo, una huerta que vender.

—¡Vaya una ganga! ¡Despues de haber enterrado en ella los sudores de toda la vida, verla, de la noche á la mañana, en manos extrañas!

Al expresarse así, Magdalena no tiene presente que alude á las de su padre.

Pantaleon sigue cantando:

No sé qué pena es mayor,
ni qué dolor más sensible;
el pelear con la muerte
ó el amar *un imposible*.

—Vamos, Magdalena, dí lo que se te antoje; pero es lo cierto que *quien nos la dió nos la quitó*. Conque ¡*bendita sea su santísima voluntad!* ¡Otros pobrecicos están peor que nosotros, pues no tienen dónde caerse muertas.

—Sí, ¡como á Vds. les queda tanto!

—Poco es, pero verás como lo pasamos bien. Dios, que proporciona alimento al pájaro y mosquito más pequeño, ¿había de dejar perecer de hambre á sus hijos?

No, mujer, y la prueba al canto. Así que nos quedamos sin huerta, tu padre, que es tan bueno, se arregla con Pantaleon, y porque se la cultive nos da una peseta diaria. Ya ves, con ese jornal, el trigoico de los pegujales y lo que vaya ganando mi marido, no tendremos para derrochar, está claro, pero sí para ir viviendo,

El hortelano interrumpe á su madre y canta de nuevo:

Quien quiera saber lo que es
pasar angustias de muerte,
entre en quinta y saque el uno
que de su novia le ausente.

Magdalena oye la copla, y pregunta dolorosamente impresionada:

—Y ese jornal ¿durará mucho tiempo?

—*¡Cámplase la voluntad del Señor!* contesta su interlocutora.

La jóven pierde su aparente calma y dominio sobre sí misma, y se arroja, hecha un mar de lágrimas, en los brazos de la tia Levítico. Tambien esta llora, que acaba de ser herida en su amor de madre. Permanecen abrazadas un momento. La madre es la primera que enjuga sus ojos, y consuela á la prometida infudiéndole esperanzas de buena suerte. Momentos des-

pues sepáranse aquellas dos mujeres en la puerta de la casa.

—Hija mia, dice la de más edad al despedir á la jóven: pide á Dios nuestro Señor y á la santísima Virgen de la Soledad que saque el número que más le convenga.

Aquella madre, que temblaba al solo presentimiento de tener que separarse del hijo de sus entrñas, no pedia, sin embargo, que saliese libre. Depositaba su omnimoda confianza en Dios y su Madre, y tanta era su fe, que no dudó un momento que obtendria para su hijo lo más conveniente, no segun el criterio del mundo, sino segun el del cristiano perfecto, que antepone siempre la felicidad eterna á la temporal.

¿Por qué, siendo al padre de Magdalena tan antipáticas las relaciones amorosas de su hija y Pantaleon, trabajaba este último en la huerta de aquel? ¿Cómo armonizar con los delicados sentimientos de la tia Ana María que patrocinase unos amores reprobados por el padre de la novia?

Antes de pasar adelante, puesto que he sorprendido en tu cara, lector ignoto, los dos interrogantes dichos, satisfaré tu curiosidad.

Una de las condiciones puestas por el tio Mamés en la escritura al vendenle al tio Pepe Blancas la huerta, condicion ig-

norada hasta por la tia Levítico, fué que mientras Pantaleon permaneciera en el pueblo y se hubiese de emplear algun jornalero en la finca, seria preferido á los demás. El tacaño vejete se opuso al principio á tener constantemente en su misma casa al *ladron* de su hija. Con este nombre designaba á cuantos novios *pobres* pretendian la mano de Magdalena. La compra de aquella finca era, sin embargo, una verdadera ganga, y por nada de este mundo desistió nunca el lugareño rico de todo negocio en el que pudiera embolsarse un solo ochavo mcruno.

—Yo le prohibiré á esa rapaza que se asome á la huerta, y negocio concluido, se dijo al fin el viejo aceptando la condicion.

Por otra parte, nada más natural para la tia Levítico que el que dos jóvenes honrados, y compañeros desde la infancia, se quisiesen con un amor santo y puro, sin tener para nada en cuenta el mayor ó menor número de sus bienes. Para la bendita mujer era el matrimonio un sacramento que únicamente exige la refundicion de dos corazones en uno, con el fin santo de criar hijos para el cielo, y nadie hubiera sido capaz de demostrarle que el mundo atiende más que al sacramento al contrato, en el que no toma parte si no es

con condiciones ventajosas. Sus obras eran además hijas de sus convicciones, y el haberse casado con su Mamés por puro amor, puesto que no aportó un céntimo al matrimonio, la afirmó más y más en su creencia.

Añádase á esto que, enemiga de la murmuracion, y sin haber por lo mismo tomado parte en las continuas *charlatanerías* de las comadres del lugar, ignoraba por completo la aversión del tío Pepe Blancas hácia aquel proyecto de boda. Téngase presente que Magdalena se habia guardado muy bien de participarle las intenciones de su padre, y no habrá dificultad alguna, lector malévolo (que no siempre han de caer los libros en manos benévolas) para explicarte la conducta de la tia Levítico.

XII.

Amaneció el primer Domingo de Abril, y á la hora de costumbre, con las mismas circunstancias que en Vallehermoso y demás pueblos de la sierra, se verificó el sorteo.

La tia Ana María, arrodillada entre tanto en la capilla de Nuestra Señora de la Soledad, pedia para su hijo á la dolorida Se-

ñora la suerte que más le conviniera. El corazón latía con violencia como suplicando lo que se negaban á pronunciar sus labios: que Pantaleón quedase libre. ¡Santos estremecimientos de las entrañas maternas, anhelo inmenso del amor de madre, súplica digna de ser presentada por la que le alimentó con el néctar de sus pechos ante el trono del Hombre-Dios! Y sin embargo, aquella madre vulgar, sin más ciencia que la doctrina cristiana, tuvo el valor suficiente para posponer en sus oraciones su voluntad á la de Dios. Conocida y concreta era la aspiración de su pecho; mas nunca sus labios llegaron á formularla. Oraba con fervor inmenso, y su emoción crecía á medida que se acercaba el momento crítico; no obstante, en medio de tanta angustia, ni una sola lágrima alteró la beatífica expresión de su rostro.

Al mismo tiempo y por la misma causa estremeciase otra mujer ante la perspectiva de un número fatal. Sin valor suficiente para presenciar el sorteo, refugióse en la huerta bajo un sauce, cuyas lloronas ramas cubrían de apacible sombra los cristales de la acequia. Sentada sobre el blando césped, recostada en el tronco del desmayo, oculto el hermoso rostro entre sus palmas, libre el rizo derecho de la opresora horquilla, y contrastando maravillosa-

mente sus negras ondulaciones con la nieve y rosas de su mejilla y cuello, dejaba escapar Magdalena tales suspiros, que no parecía sino que un gran infortunio abrumaba su corazón. Sin embargo, la suerte no había fallado aún sobre el destino del que tanto amaba. Los corazones todos, pero muy especialmente los vivificados por el amor, tienen sus presentimientos.

Desierta la iglesia de Entrecastillos, ni aun el zumbido de un insecto se oye en el sagrado recinto; la algazara de la calle próxima altera de vez en cuando aquel religioso silencio; y á la gritería del mundo, únicamente el *chisporroteo* de la lámpara que arde ante el Santísimo, y algun imperceptible suspiro que sale de una de las capillas, contestan en la casa del Señor. De repente el ruido de unos pasos vacilantes resuena bajo las bóvedas, y momentos despues, en la capilla de la Virgen de la Soledad, oyóse un abrazo y estas palabras religiosamente pronunciadas á media voz:

—¡Madre, el número uno!

—¡Hijo mio!

El silencio reina de nuevo, y al poco rato una dolorida voz de mujer exclama:

—*Dios me lo dió; Dios me lo quitó. ¡Hágase siempre su santísima voluntad, y eternamente sea bendito el nombre del Señor!*

Pasaron diez minutos, y una mujer, apoyada en el brazo del jóven, salió del templo. El jóven estaba pálido como la muerte: la mujer había llorado, pero en la expresión de su rostro leíase *resignación*.

Terminado el sorteo, el pueblo dejó la plaza, y los vecinos todos regresaron á su hogar. El tío Pepe Blancas penetró en el suyo, y al verle desierto, se puso á gritar:

—¡Muchacha! ¡Magdalena! ¡¿Dónde diablos te has metido?... ¡Pues, hombre!...- ¡Mire V. que es mucho cuento!...

—Magdalena, al oír á su padre, sacudió la pena que le desgarraba el pecho, enjugó sus ojos, recogióse el rizo, y aparentando toda la serenidad posible, le salió al encuentro.

—¿Qué hacías? le preguntó este.

—Estaba en la huerta.

—Ya lo supongo, que por ahí no se vá á la plaza. ¿Y á qué has salido á la huerta?

—A peinarme debajo del sauce.

—Pues cualquiera diría que vienes de *soltar el trapo* (1) con la tía Levítico, porque tienes los ojos como tomates.

Magdalena no se atrevió á preguntarle qué motivos tenía para llorar la tía Levítico.

(1) Llorar.

—Sí, venme á mí con disimulos...

—¿Le ha ocurrido alguna desgracia?

—Fortuna, dirás, que en casa del pobre, cuantas menos bocas, más hay que comer.

Magdalena se puso pálida, y su padre, que gozaba contrariando la inocente inclinacion de la niña, continuó haciéndose el desentendido:

—Eso mismo le decia yo á Mamés hace un momento cuando sacó su hijo el número uno...

La víctima no pudo más, faltáronle las fuerzas hasta el punto de necesitar el apoyo de la pared inmediata; perdió por completo el color, y una angustia mortal oprimió su pecho. Tan rudo fué el golpe, que, aunque presentido, anonadó á la pobre niña. Su padre, sin embargo, nada quiso ver, y continuó reflexionando en alta voz:

Yo no sé por qué les ha de saber á cuerno *quemao* el que sus hijos encuentren un buen acomodo en la *melicia*, siendo así que no tienen sobre que caerse muertos. ¡Como si en su casa les esperase otra cosa que miseria y hambre por los cuatro costados! Pues más vele servir cien veces, comiendo rancho abundante sin gastar un *chavo*, y darse buena vida, que no...

Magdalena, que ya habia logrado sobreponerse á su dolor, ruborizóse de los mezquinos pensamientos de su padre; sacó

fuerzas de flaqueza, y disfrazando con el ropaje de la más glacial indiferencia su amorosa herida, emprendió con agitación inusitada los quehaceres domésticos.

El tío Pepe Blancas se lisonjeaba á su vez, frotándose las manos de gusto, de haber puesto una pica en Flandes con la mala suerte de Pantaleon, que venia en su ayuda.

A esta la casaremos con un mayorazgo, pensaba el viejo, bailándole los ojillos de gozo ante el imaginario caudal del yerno futuro.

XI.

Agosto de 1864.

No hubo remedio: Pantaleon fué entregado en caja como soldado de Entrecastillos. Con su marcha perdieron sus padres el hijo y el jornal con que casi exclusivamente atendian á su subsistencia. La situación de aquel matrimonio empezó á ser angustiosa. El tío Mamés no supo por de pronto más que abandonarse alternativa-mente al abatimiento y al furor, recursos

harto pobres para mejorar de fortuna. El buen sentido y energía de su mujer fueron en cambio tablas salvadoras. En los primeros días tomó de sus pobres ahorros lo indispensable para subvenir á las necesidades más apremiantes; pintó á su marido la triste verdad del porvenir que les esperaba, demostrándole que no había más medio de hacerle frente que el trabajo, y le dió además ejemplo, encargándose, por una exigua retribucion, de cuantas labores tuvieron á bien confiarle. No contenta con esto, se presentó al tío Pepe Blancas de tal manera, insinuándose en su corazon, que le arrancó al fin la promesa de proporcionar trabajo á su marido, siempre que utilizar pudiera sus servicios.

Dos años después nadie hubiera notado en el hogar de la tía Levítico la menor penuria. Más aún; prescindiendo del humor desigual y cada vez más irascible de su esposo, un santo bienestar respirábase en aquella casa, y la alegría de la tribulacion se leía en el rostro de su incomparable dueña.

No tuvo, sin embargo, el tío Mamés la energía suficiente para sufrir con paciencia el verse á la vejez precisado á trabajar como un negro, y atribuyendo esta desgracia á la venta de la huerta, la animadversion hacía su causante, el señor Uña,

tomó en su pecho gigantescas proporciones.

Este lo sabía, porque ¿qué es lo que en los pueblos no llega á conocimiento de todos? pero era tanta su fe en la mansedumbre y hombría de bien de los serranos, que hasta lo desafiaba, no frente á frente, pues nunca el cobarde se atreve á tanto, sino con su sonrisa burlona é indirectas.

Proceder tan indigno exasperó al bilioso ex-Alcalde, que no se ocultaba para decir á voz en grito lo que haría y acontecería con el Secretario. Contentóse, por de pronto, con acariciarle las espaldas de un modo algun tanto íntimo.

Tenia costumbre el Secretario de pasear todas las tardes á la entrada del pueblo, en las inmediaciones de la ermita. Un día, al anochecer, y despues de haberse cerciorado de que nadie podia sorprenderle, salióle al encuentro el tio Mamés; le arrastró violentamente á un sargal inmediato, y descargó sobre las secretariles espaldas tan descomunal paliza, que, medio exánime, prorumpió el apaleado en ayes lastimeros pidiendo á la vez socorro. Tan lúgubre era su voz que, á ser oído, nadie tuviera el atrevimiento de llegar en su ayuda, creyéndole *alma en pena* escapada del otro mundo. El apaleador se despachaba á su gusto; en medio de su angustia y co-

raje le amenazaba aún el apaleado con echarle á presidio, para lo que volvía á todos lados los anhelantes ojos en busca de testimonios de que servirse para llevar á cabo sus *santas* intenciones: pero ¡gritos inútiles! ¡deseos vanos! Nadie acudió á sus voces.

Dejábale ya el tío Mamés por suficiente-mente molido, creyéndose también asaz vengado, cuando un ruido como de alguien que llegaba dejóse oír en el sargal. El magullado Uña, que se retorcia en el suelo como una culebra, enderezóse de repente, y, dirigiéndose al sitio de donde salía el ruido, dijo:

—Ustedes serán testigos de lo que acaba de hacer este hombre.

Separáronse las sargas: aparecieron las graves cabezas de dos asnos retozones, y con una carcajada homérica del tío Mamés mezcláronse dos sonoros rebuznos y una maldición horrible.

Ocultó el ex-Alcalde la hazaña á su mujer, pues tenía la seguridad de no merecer su aprobacion; pero no hizo lo mismo con los demás del pueblo, y, en especial sus compañeros de Ayuntamiento, la comentaron y rieron hasta desternillarse. Divulgóse bien pronto el caso, y al señor Uña se lo llevaba Barrabás al verse convertido por un ex-Alcalde de monterilla en el *haz-*

me reir de todo el pueblo. Siendo, así el mal como quien lo ejecuta, instintivamente antipáticos al hombre, raro fué el que no tuvo una satisfaccion al saber el percañe del Secretario. Intentó este, valiéndose de mil astucias, probar el hecho; pero á tanto no llegaban sus cábalas. Naturalmente, y sin que para ello tenga más móvil que el miedo á la justicia, encastillase el labriego en la negacion siempre que judicialmente se le exige su testimonio; pero sí para proceder así tiene además algun interés especial, entonces no hay fuerzas humanas que arranquen de sus lábios más palabra que el redondo *nó*, ó la mulletilla *nada sé*. Negaron, pues, todos, hasta que lo habian oido decir: bizose el sueco el agresor, y el ladino Secretario no tuvo más remedio que envainar, para lucirla en más propicia ocasion, la espada de su venganza.

De boca en boca llegó el suceso á oidos de la tia Ana María, y tal era en esta mujer el predominio de la obligacion, y tan generosos sus sentimientos, que, lejos de reirse del señor Uña, como habia hecho la aldea toda, reprendió á su marido.

—Es cierto, Mamés, le dijo, que apalearste al Escribano?

—Pronto te han traído el parte.

—¿Pero es verdad?

—Sí, mujer, sí; le di de palos hasta que me cansé.

—¡Mal hecho! Peor lo hizo él, que es un bribon, y nos ha perdido para siempre.

—Esa no es cuenta tuya.

—No, del vecino será.

—Tampoco. Nadie puede tomarse la justicia por su mano, que para eso están los tribunales.

—Sí, véle al juez con las pillerías de ese tunante, y sacarás lo que el negro del sermón...

—Pero Mamés, ¿y te parece caritativo darle una paliza á un hermano tuyo por una simple sospecha?

—¡Qué sospecha ni qué calabazas! Tan cierto tuviera yo el cielo como lo es que se ha metido en el bolsillo la mitad, lo menos, de los 6,000 reales.

—¡Válgame el Señor, cómo haces juicios temerarios sin ningún escrúpulo!

—Piensa mal, y acertarás.

—No dice eso el Catecismo.

—Pero lo dice un refrán.

—Que no es ningún Evangelio.

—En fin, chica, todos pondríamos veinte veces la mano en el fuego...

—Y aunque fuera verdad, ¿así perdonas al que mal te hace? En tonces, ¿cómo quieres que Dios nos perdone? ¡Qué mal pones

en práctica aquella máxima de mi tío el Cura!

Nunca vuelvas mal por mal;
si te hacen mal, haz tú bien:
quien de este modo se venga
no tiene por qué temer.

—Ni yo tampoco. ¿Crees tú que ese bicho me puede hacer algun daño? ya se guardará él muy bien de volverse á acordar siquiera del santo de mi nombre.

—¡Dios te oiga!

XII.

Enero de 1865.

Siempre es peligroso ponerse en abierta lucha con el malvado, porque prescindiendo de otras, lleva, cuando menos, al hombre de bien la ventaja inmensa de no reparar en los medios para el logro de sus fines. Pero el peligro excede á toda ponderacion cuando es un pobre labriego quien rompe lanzas con el escribano de su lugar, ó sea el secretario del Ayuntamiento, de quienes con razon dice Fernán Caballero (el gran novelista de costumbres, el más

hábil escudriñador de las bellezas y miserias de nuestras aldeas), «que—con algunas honrosas excepciones—suelen ser los más malos, los más venales, los más tiranos y los más opresores de los hombres.» Efectivamente: para formarse una idea exacta de lo que son estos vampiros de los municipios, preciso es intimar con sus víctimas, avecindarse por algunos meses en el campo de sus ágios y experimentos, ó haber sido, cuando menos, gobernador de provincia. Estas autoridades, sobre todo, pudieran hacer mucho bien á sus administrados purgando los Ayuntamientos de los más *dignos* de estos funcionarios, ó descargando al ménos sobre ellos y no sobre los infelices alcaldes, ciegos instrumentos suyos, el peso de sus rigores. Generalmente nada de esto hacen, y ellos sabrán la causa. Nunca podré explicarme, con el célebre escritor arriba dicho, por qué «todo poder ha sido contrastado, disputado y combatido en nuestra época, menos el de estos déspotas de los pueblos, que acaso son los que mandan y afligen más y con menos remedio.»

Con todo, su poder es innegable, su pernicioso influencia conocida, desgraciadamente, por los efectos de sus ágios. Cuando el tío Mamés casó con la sobrina del Cura de Entrecastillos, puso este bajo su

tutela y cuidado el reloj de la torre, y desde entonces venia desempeñando sus funciones de relojero. Descompuesto en cierta ocasion, para hacerle funcionar con regularidad sustituyóse con una enorme piedra una de sus pesas de hierro. Por orden del señor Uña, mandó hacer el tio Mamés una almádena para el lugar de la pesa excedente. Hecho el instrumento, llevóle el herrero á casa de la tia Levítico, y allí, en un rincon, permaneció olvidado, sin que nadie hubiese vuelto á ocuparse de la transformada pesa.

Pero Satanás, que no duerme, le inspiró al Secretario un plan diabólico, que realizó con la mayor sangre fria. Le hizo al Alcalde formar diligencias sobre la *fraudulenta* desaparicion de la consabida pesa; declaró el herrero haberla convertido en una almádena por encargo del tio Mamés, en cuya casa debía encontrarse aún *el cuerpo del delito*: confesó el encausado la verdad del hecho, haciendo constar que la almádena se construyó por orden del Secretario: negó este haber dado semejante orden, insistiendo en que ni siquiera tenia conocimiento de la sustraccion de la pesa, y no hubo remedio, el honrado marido de la tia Ana Maria se vió envuelto por su enemigo, en las intrincadas redes de un proceso criminal.

El delito fué calificado de hurto, y como el valor de la cosa hurtada no excedia de cinco duros, segun lo dispuesto en el número 3.º del artículo 438 del Código penal, se condenó *legalmente* al pobre tio Mamés á seis meses de arresto mayor y al pago de las costas y gastos.

Fácil es suponer el furor que se apoderaria del irascible relojero de Entrecastillos al verse tan injustamente condenado á habitar durante medio año la cárcel del partido. ¡Él, que á nadie despreciaba tanto como al ladron, tan orgulloso de su honradez y de la de toda su familia, verse confundido con el criminal, y marcado para siempre con el estigma de haber estado *preso por hurto!* La indignacion le cegaba de tal manera, que, á poder regresar á Entrecastillos, corriera grave riesgo la secretaril garganta.

Por fortuna, al tiempo de cumplimentar la condena, encontrábase su mujer á su lado para calmarle. La honradez era para la tia Levítico su más preciado patrimonio, y por lo tanto, la herida que acababa de recibir con la infamia de su marido, dolorosísima. Constábale, sin embargo, evidentemente su inocencia, y por lo mismo nunca rayaron tan altas su energía varonil é imperturbable calma.

—Mamés, le decia, no parece sino que en

realidad eres delincuente. Si de nada te remuerde la conciencia, ¿á qué fin exasperarte?

—Si me remordiera no abriría la boca. Justo es se castigue al que obra mal; pero no á quien en su vida tomó ni aun un alfiler ajeno.

—Ese será tu mayor mérito. Padecer persecuciones por la justicia siendo inocente, es una gracia que solo concede Dios á las almas escogidas.

—Pues á mí maldita la que me hace.

—Ya lo veo, y lo siento, porque eso demuestra que no es gracia, sino castigo, la nueva tribulación que nos ha enviado el Señor.

—¡Castigo! ¿Y de qué?

—De nuestras culpas.

—No he hecho mal á nadie.

—¿Ni al que le pegaste la paliza tampoco?

—¡Ojalá le hubiese dejado en el sitio.

—Válgame el cielo, Mamés; y ¡que has de ser incorregible! Tanta lección como nos envía el Señor en su infinita misericordia, ¿han de perderse? Pues, hijo, hasta que de corazón no perdones á tu enemigo, no faltarán calamidades sobre nuestra casa.

La buena tía Levítico, con las alpargatas puestas, los zapatos en la mano y paso tras paso, regresó á su aldea, aflijida por

dejar á su consorte en la cárcel, pero resignada.

Ni una reconvencion ni una disculpa pronunciaron jamás sus lábios. Cuando directa ó indirectamente recordaban en su presencia el arresto de su esposo, el carmin de la vergüenza se apoderaba de sus mejillas, bajaba los ojos, y su frente inclinábase abatida por el peso de la deshonra. Es joya la honradez tan transparente y pura, que la empañá la más ligera sospecha. Nadie, es verdad, creyó en el pueblo al ex-Alcalde capaz de tomar un cañamon contra la voluntad de su dueño; antes al contrario, para todos el percance de la pesa era una miserable venganza del Secretario; más esta buena opinion general ni contentaba, ni satisfacía á la tia Levítico, que, incapaz de doblez ni malicia, juzgaba siempre por las apariencias.

Pero no era esto solo. Para el pago de las costas y gastos hubo que vender la casa, única finca de algun valor que poseian. La adquirió por una insignificante cantidad el padre de Magdalena, y con el resto de los 1,000 reales, procedentes de la enajenacion anterior, hizo construir la tia Ana María, en el cubierto de su paridera, sita á espaldas del pueblo, una especie de choza ó zaquizami donde guarecerse. Magdalena, con los ojos nublados por las

lágrimas, le ayudó á trasladar los muebles, que, aunque pocos y pobres, tuvieron que ser hacinados en el palacio de las ovejas. La tia Ana María atravesó por última vez el umbral de aquella casa que habia sido su cuna y la de sus antepasados, y lo atravesó serena, sin que sus ojos derramasen una sola lágrima. La casa y la huerta eran para la tia Levítico como las niñas de sus ojos; sembrados de mil dulces recuerdos dejaba aquellos lugares; dolores santos pegábanla á sus paredes como la ostra á la roca, el hábito de cincuenta años hacia para ella de aquellos dos objetos una necesidad, pero necesidad tan imperiosa, que su satisfaccion formaba parte integrante de su vida, y, sin embargo, se alejó de ellos tranquila, sin conmoverse y sin volver una vez siquiera los ojos para mirarlos.

Magdalena, que lloraba á lágrima viva, admiró el temple de aquella mujer, sin explicárselo, y apenas llegaron á la paridera, se arrojó en sus brazos sollozando. Trocáronse los frenos: la atribulada tia Levítico tuvo que consolar á su jóven amiga.

—Pero, hija, Magdalena, ¿por qué te afliges de ese modo?

—Porque se quedan Vds. en la calle.

—Y ¿qué quieres que le hagamos? No ha-

bia más remedio que pagar; y ¡cómo hacerlo sino vendiendo la casa? Bastante lo siento; pero ¡cómo ha de ser!

—¿Válgame Dios, tía Ana María, y qué desgraciados son Vds!

—No, hija, no: los buenos ojos con que nos miras y tu corazón compasivo abulgan nuestras desgracias.

—¡Calle Vd., calle Vd. por Dios, que es usted más buena que el pan! Primero cae soldado Pantaleón; luego les venden á ustedes la huerta; después ponen al tío Mamés en la cárcel; ahora les quitan la casa, y ¡aún dice V. que no son desgraciados!...

—¿Crees tú, hija mía, que la felicidad consiste en ser ricos para no carecer de nada? Pues estás en un error. ¿Es feliz tu padre, que tiene más oro que pesa, y nunca le falta cuanto apetece, por costoso que sea?

—¡Si será feliz mi padre, que está siempre rabiando con todos!., Con este, porque es un holgazán y no gana el jornal que cobra; con el pastor, porque tiene flaco el ganado y consume en sal un Potosí; con el mozo de mulas, porque dice que le roba la cebada, y hasta conmigo, porque se le ha metido en la cabeza que con la leña y aceite que gasto habría para todo el pueblo.

—Ya ves tú, y eso que es rico. No con-

siste en el oro la felicidad, ni en no tener disgustos, ni en nada de eso. Mi tío el Cura, que de Dios goce, repetía á menudo:

Nuestra dicha está en la paz,
la paz en no apetecer,
en reprimir las pasiones
y cuanto hace Dios querer.

—Mucha verdad es lo que Vd. dice pero cuando se está bien acomodada, y por culpa de otro se vé una de repente en la miseria, hay para desesperarse.

—¿Tú sabes lo que contestó el santo Job cuando le llevaron la noticia de que fuego del cielo habia devorado sus riquezas?

—No, señora.

—Lo mismo, pues, digo yo. *Desnudo sali, decia, del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Dios me lo dió, Dios me lo quitó. Hágase siempre su santísima voluntad, y eternamente sea bendito el nombre del Señor.*

XIII.

Marzo de 1875.

Desde el día en que liquidó las cuentas del Municipio, caminaba el tío Mamés Ruiz al sepulcro á pasos de gigante. Tres años fueron suficientes para debilitar aquella naturaleza fortalecida durante medio siglo. Precisado á vivir entre criminales soeces y de bajos sentimientos, constantes inquilinos de toda cárcel, y lejos de su esposa, la única que durante la larga carrera de su matrimonio habia sabido endulzar sus amarguras, entregóse por completo á su natural bilioso, que, libre de freno y de paliativos, le ocasionó frecuentes ratos de cólera, la más terrible, vengativa y ciega de las pasiones de los hombres.

La tia Levítico atravesaba frecuentemente á pié las tres leguas que separan á Albarracin de Entrecastillos, y cada visita suya era para el pobre preso una gota de miel derramada en el acibar de su corazón. Tan bilioso era, no obstante, el tío Mamés, y tan sensible su herida, que la más pequeña indirecta, la menor alusion al señor Uña bastaba para sulfurarle. Así

es que cuando supo que el tío Pepe Blancas había comprado su casa, y que su mujer vivía en el antiguo establo de las ovejas, apoderóse tan violento furor del pobre preso, que fundadamente se temió por su existencia. Desapareció por completo el escaso color de sus mejillas; perdieron los ojos su brillantez, permaneciendo inmóviles y como clavados en un punto; comprimieronse sus mandíbulas; era su respiración difícil y sofocante; el pulso pequeño, constreñido y frecuente; los latidos del corazón casi imperceptibles, y mientras un sudor frío bañaba su piel, la sangre parecía huir de las extremidades. El infeliz, agobiado bajo el peso del ataque, ni pudo articular palabra, ni hacer el menor movimiento.

Multiplicábase la tía Ana María en la oscura cárcel para ejecutar las órdenes del facultativo, y entre tanto, allá en el fondo de su alma, pedía á Dios un rato de lucidez intelectual para que no muriese su esposo sin los auxilios de la Religión.

Fue oído su ruego, y el ataque cedió al fin, degenerando en frecuentes vómitos biliosos, que en pocos días condujeron el enfermo al sepulcro, no sin haberse reconciliado antes con Dios, con el mundo y hasta con su enemigo. Debióse este último triunfo al fervor religioso y caridad

evangélica de la tia Levitico. El Secretario, que se reía interiormente de la *estúpida superstición* de los serranos (así calificaba su acendrada religiosidad), no tuvo inconveniente en conceder al moribundo veinte mil perdones de palabra; antes al contrario, le regocijó infinito un acontecimiento que, en cambio de un *le perdono*, colocaba á uno de sus enemigos fuera de combate. Dicha frase, tan indiferentemente pronunciada por el impío Abdon Uña, devolvió la tranquilidad de espíritu al tío Mamés, que, buen creyente, y arrepentido de todas sus culpas, murió en el Señor.

En medio de tanta pena, fué esto para la viuda un consuelo inefable, que solo comprenderá quien, exento de las flaquezas y vanidades mundanas, considere como el único importante negocio el de la salvación.

Le ocasionó la enfermedad de su marido nuevos gastos, para sufragar los cuales tuvo la buena esposa que deshacerse de lo único que le quedaba, sin contar la paridera: los pegujales. Vendidos estos, y muerto el tío Mamés, nunca con más verdad repitió la resignación cristiana, personificada en la tia Levitico, aquellas frases:

—*Desnuda sali del vientre de mi madre, y desnuda volvere allá. Dios me lo dió,*

Dios me lo quitó. ¡Hágase siempre su santísima voluntad, y eternamente sea bendito el nombre del Señor!

En la burlesca faz del *filántropo* moderno, amante del progreso y enemigo acérrimo del oscurantismo, veo retratada la más noble indignación.

Eso no es religiosidad, señor mio, dice: eso, en castellano, se llama egoísmo, falta de cariño á los suyos, sobre cuya tumba ni siquiera se derrama una lágrima. Esas mujeres que se envuelven en su resignación cristiana como en un manto impenetrable, no son mujeres, sino insensibles estatuas; sus corazones no son entraña alguna, sino piedra viva.

Vamos por partes, *filántropo*, que no comprendes la caridad; adorador del Ser Supremo, que niegas con tus obras y alguna vez con tus palabras la existencia de Dios. Es el egoísmo, según el diccionario de la lengua, «excesivo amor de sí mismo, en virtud del cual, el que se halla arrastrado por él, lo refiere todo á sí propio, no consulta más que sus intereses, prescindiendo de toda mira de humanidad, y considerando á los demás hombres como instrumentos de que ha de echar mano para mejorar su propia posición.» ¿Y qué te parece? ¿Conviene esta descriptiva definición con lo que te has permitido calificar

de egoísmo en nuestro tipo? ¿Lo refiere la tía Ana María todo á sí misma, cuando se desvive por los demás, propios y extraños? ¿No consulta más que sus intereses, cuando generosamente se ha desprendido, finca por finca, de todo su patrimonio para subsanar en lo posible las imprudencias de su marido? ¿Prescinde de toda mira de humanidad, cuando con sus penosas y frecuentes visitas acaba de hacer al tío Mamés más llevaderas las incomodidades del arresto, y cuando ni un momento se separó de su lecho de muerte, reconciliándole con el cielo y debilitando en lo posible sus angustias físicas con el producto de sus últimos bienes? ¿Falta de cariño en un corazón cristiano, cuando el Cristianismo es todo amor! ¿Acaso el afecto que se profesa al que muere ha de exhalarse por precisión en lágrimas que humedezcan su tumba, en ayes y suspiros, arañazos y lloros, semejantes á los de las *plañideras* romanas? Generalmente, pues, esas exageradas muestras de sentimiento, cuando no son hijas de la desesperacion, la más grave ofensa que la criatura puede hacer al Criador, suelen ser aparentes, y tanto más subidas de punto, cuanto mayor es la herencia.

— La resignacion, virtud más difícil por cierto de adquirir que de criticar, virtud

tan grata á Dios, que hacen de ella su más preciado adorno las almas escogidas, no puede confundirse nunca con el vicio llamado egoismo, como nunca se confundirá tampoco la luz del sol con la oscuridad de la noche. La tia Ana María no era, pues, insensible estatua, sino el tipo de la hija obediente hasta la abnegacion, que no tiene más voluntad que la de su Padre celestial: por último, su corazon no era piedra viva, sino un sacrario en el que se amaba á Dios sobre todo lo criado, y á las criaturas todas por el Criador. Todos los amores tenían en él cabida, menos el *amor propio*.

XIV.

Providencialmente sucedense en el mundo, trás las penas, los goces, y vice-versa, para hacer ménos sensible por él nuestra misera peregrinacion. Hé aqui por qué abierta aún y casi derramando sangre la herida última que la tia Levítico acababa de recibir, un acontecimiento grato á su corazon de madre vino como á abrir un paréntesis en la larga série de sus infortunios. El peaton conductor del correo le entregó una carta, que ella llevó á sus labios con el cariño con que una madre es-

tampa los suyos en la sonrosada faz de su pequeñuelo. Con su tesoro en la mano, y participando á cuantos querian oirla la buena nueva de haber escrito su hijo, voló en busca del Maestro para que le leyese la epístola.

Hallábase este en aquel momento dando su cotidiana leccion de lectura y escritura á la hija del tio Pepe Blancas; y en casa del padre de Magdalena, á la sombra del emparrado que cubre la puertecilla de la huerta y en medio de las comadres de costumbre, que, mano sobre mano, escuchaban más por la boca que por los oidos para no perder sílaba, efectuó el Maestro la deseada lectura.

Salvo los errores ortográficos, escribia Pantaleon á su madre lo siguiente:

Aranjuez y Abril de 1865

«Mi querida madre: me alegraré que al recibo de estas cortas letras se halle usted con la más cabal salud que yo para mi deseo. La mia es buena, á Dios gracias, y hoy nadie me lleva la pluma, porque, aunque nada le habia dicho á V., se me metió en la cabeza aprender de letra, y me he salido con la mia. No haga Vd. caso de los borrones, que la segunda irá más limpia.

—¡Jesús, qué *ditao*, qué *ditao* (1) más hermoso! interrumpió la tia Petra, que ya no pudo contenerse.

—Muy bien, *maña* (2), muy bien, añadió Gabriela.

—¡Pero y lo que aprenden esos *condenaos* de mozos en cuanto salen de casa! dijo una tercera.

—Jesús, tia Ana María, y qué hijo más rico tiene Vd!

Lloraba la tia Levítico, sonreía el Maestro, y Magdalena se puso más hueca que una alcachofa; que como dice el vulgo, los elogios referentes á personas queridas engordan.

El Maestro prosiguió:

«Ya supe por la última carta de Vds. que habian puesto al padre en la cárcel por lo de la pesa del reloj; pero á mí no se me comulga con ruedas de molino, y aunque mi padre no quiso decirme lo que habia para que no tomase *el portante* é hiciese alguna barbaridad, me figuro que anda en ese asunto, como en todas las maldades que se cometen en el pueblo, el Escribano; y dé gracias á Dios el tio asesino ese (porque el pobrecico de mi padre no saldrá de la cárcel...)»

(1) Por dictado.

(2) Cariñosa expresion que significa *hermana*, aunque se usa tambien entre las que no lo son.

—Hijo de mi alma, si supieras cuánta verdad dices! prorumpió la tía Ana María anegada en llanto.

Las demás mujeres lloraban también, y hasta el mismo lector no fué dueño de conservar secos sus ojos. Nadie, durante algunos segundos, se atrevió á interrumpir el dolor de aquella madre viuda, excepto la habladora tía Petra, que dijo:

—Pobrecico, y cómo se lo daba el corazón!

«Y dé gracias á Dios el tío asesino ese, continuó el Maestro, de que no haya conseguido licencia, que si no, me planto en el pueblo, y en menos que canta un gallo le retuerzo el pescuezo como á una gallina.»

—Eso, aunque lo diga, no lo hubiera hecho mi hijo, estoy segura.

—Pues bien merecido lo tiene el Escribano.

—Dios le castigará si ha obrado mal y no se arrepiente; no será mi Pantaleón quien vengue á su padre.

—Si no callan Vds., observó el Maestro, no concluiremos nunca.

—Es verdad, continúe Vd.

—«No me han querido dar el pase, porque dicen que dentro de poco nos enviarán á la reserva, y entonces, si no se mueve guerra, nunca ya me separaré de ustedes.

Dígaselo Vd. á Magdalena para que tenga un alegrón.»

Al verse aludida en la carta del soldado y objeto de todas las miradas, bajó dos ojos, y el carmin de la más encendida rosa se reapoderó de su rostro. El recuerdo y la noticia compensaron con usura aquel ratito de vergüenza.

«Trabaje Vd. cuanto pueda porque saquen pronto al padre de la cárcel, y dé usted memorias á...» (Aquí nombraba uno por uno medio pueblo).

«Sabrá Vd. como al hijo de la tía Pelusa lo han ascendido á cabo segundo.

«No se olvide Vd. de decirme qué tal cuilibo dada tiene el tío Blancas la huerta; y allá vivá para Vd. un abrazo de su hijo.»

PANTALÓN RUIZ.

Los comentarios, las habladurías mejor dicho, á que la epístola dió lugar en el corrompido, no hay para qué referirlas. Sin que nadie lo notase, se deslizó la tía Ana

María hácia el estanco, compró un pliego de papel y un sello de franqueo, llamó con disimulo al Maestro, y dictando ella, y escribiendo él, confeccionaron (decimos confeccionaron, porque más que carta es un zurcido continuo de retazos inconexos), después de una larga hora de trabajo, la contestacion siguiente:

«Entrecastillos 30 de abril de 1865.

«Hijo de mi alma: Aunque hace ya cerca de cuatro años que no te veo, tengo la seguridad que continúas tan hombre de bien y religioso como antes de marcharte. Me lo dice el corazón, y tratándose de sus hijos, las madres se engañan rara vez. No habrás olvidado, por lo tanto, las lecciones y consejos que te di: recuérdalos ahora, que todo te hará falta para saber resignado la nueva tribulación que ha caído sobre nosotros. Realizóse tu presentimiento respecto á tu padre. Para ahórrarle sin duda nuevos trabajos, le ha hecho el Señor la gracia de llevárselo á su gloria. Murió, hijo mio, como muere el justo, y tuvo hasta la dicha de obtener, antes de espirar, el perdón del Escribano. Le mató su génio: cuando supo que habia yo vendido la casa de mis padres para pagar las costas de la causa, tanto fué su coraje que cuatro dias despues era difunto. (Pantaleon, esto vá por cuenta del Maestro, que es el que escribe esta carta. Quien mató á tu padre no fué su génio, que cincuenta años hacia lo llevaba á cuestras sin causarle el menor daño, sino ese alma de Judas del Secretario, causa de todas vuestras desgracias.)

«No pases pena por tu madre. Me han arreglado una casita (mejor haria en llamarle zahurda; pero tu madre tiene la habilidad de verlo todo, por feo que sea, de color de rosa) en la paridera, y con lo poco que gano trabajandó por el lugar, lo paso bastante bien. (Eso es verdad, pero consiste en que tu madre con un cañamon al dia tiene bastante, y en que trabaja como una negra).

«Hemos leído tu carta en casa de Magdalena, desde donde te escribo, y si te he decir la verdad, sentí, al oirla leer, un dolor y una alegría: el dolor porque indicas que deseas vengarte del señor Uña, y no es esa virtud ninguna de las que desde niño te viene predicando tu madre: y la alegría, porque dices que pronto volverás á tu pueblo para ya no separarnos. Sí, hijo de mis entrañas, muchos deseos tengo de abrazarte; pero no quisiera recibirte en mis brazos con vicio tan bajo en el corazon. Nuestra Religion sacrosanta lo prohíbe, y si has de venir á Entrecasillos con ánimo de vengar la muerte de tu padre, mejor es que no vengas. No tienes motivos para suponer que el Escribano, ni nadie, sea nuestro enemigo: mas si de alguno sospechas, perdónalo primero con toda tu alma, y luego ven.

«Todos, y especialmente Magdalena, se

han alegrado mucho al saber que pronto te enviarán á la reserva. (Chico, ahí fuera está tu novia bajo el emparrado, más hermosa que nunca. Desde que te marchaste, siempre está triste; mas hoy, cuando oyó que la nombrabas en tu carta, se puso encendida como un pavo, y ahora mismo de gozo le baila el alma en el cuerpo. Los mozos del lugar y algun forastero se despepitan por ella; pero maldito el caso que les hace. Su padre, cuando el pretendiente es pobre, le ayuda á repartir calabazas; pero te hubieras reido el otro dia de ver cómo se puso porque Magdalena despreció el bolsillo y la callosa mano á la vez del Mayorazgo. No prosigo porque tu madre me pregunta cómo es que cuesta tanto de escribir tan poco como me dicta, añadiendo que soy pesado como una maza, y que á este paso la carta será una nueva obra del Pilar).

«Ya sabes cuán poco aficionado es el tío Pepe Blancas á la hortaliza: por eso, sin duda, tiene la huerta que dá compasion. En que tú vengas, será otra cosa.

«Dale memorias al hijo de la Pelusa. Todos los dias al levantarte y acostarte reza por el alma de tu padre, que de Dios goce, y no olvides á tu madre, que te quiere entrañablemente,

ANA MARIA SANCHEZ.»

«(P. D. Aunque no traigas muy buenas intenciones sobre el bribon del Escribano, no dejes por eso de venir como te aconseja tu madre. El tío Cuquita, que, como sabes, es alcalde, le tiene sobre ojo hace mucho tiempo, y está aguardando que haga una para hacérselas pagar todas juntas. En cuanto le cojan en el garlito, le forman un expediente y lo echan del pueblo. Yo tengo muchos deseos de que caiga, por dos razones: primera, para que Entrecastillos se vea libre de semejante plaga; y segunda, para que me den la secretaría.

MARIANO RAMIREZ.)»

XV.

Setiembre de 1868.

—Cuándo querrá Dios que no se hable de política, ni se lea un periódico, ni medio, en toda España! decía un serrano retrógrado, oscurantista, y tan defensor del ominoso absolutismo como enemigo de las *luces* con que nos deslumbra el siglo de los fósforos.

Esta aspiracion franca, este vehemente deseo de que retrocedamos á los, para él,

tiempos de felice recordacion, prueban evidentemente que alguna ventaja positiva llevaban á los actuales. Y, en efecto, orillada toda preocupacion de partido, ventaja, y no pequeña, fué el vivir en esta sierra constantemente en el limbo respecto al difícil arte de gobernar las naciones. No hay que remontarse mucho en la série de los pasados años; hace muy pocos, no se recibia en Entrecastillos más periódico que el *Boletín oficial* de la provincia, y decimos recibia, porque nadie se tomaba la molestia de leerlo. Con las fajas intactas amontonaban sus números durante meses enteros, hasta que el gobernador advertia al Alcalde con una multa la necesidad de echarles de vez en cuando una mirada.

Mas con el año 1868 vino el mes clásico de los pronunciamientos, y con Setiembre la Gloriosa (hasta el presente la única hembra de la familia), bautizada en las aguas de Cádiz, y con la Gloriosa el cataclismo político que derrumbó la dinastía de los Borbones; y de tal manera el ruido de este acontecimiento penetró hasta en los más recónditos antros que, ¡pásmate lector, pío ó impío! levantóse en peso la sierra de Albarracin, y una vez entusiasmada, no hubo pueblo que no se pronunciase, ni villorrio que, *in honorem tanti*

festi, dejara de remojar su gaxnate con unos cuantos cántaros de vino.

Lo que apenas recibida la fausta nueva aconteció en Entrecastillos, excede á toda ponderacion. El alcalde, tio Cuquita, se hallaba en el pueblo próximo cuando supo el motin promovido en el que él regia. Toma prestada una escopeta, y, sin que le intimiden las iras populares, corre veloz á cumplir con su deber. Llega al lugar; sus moradores todos, en derredor de una hoguera alimentada con leña del municipio, vociferaban en la plaza, pidiendo vino enronquecidos; entra la autoridad en transacciones con los amotinados, acalóranse los ánimos, se convence el Alcalde de la imposibilidad de sofocar la asonada por vías pacíficas, y, echándose la escopeta á la cara como para hacer fuego á la multitud, grita furibundo:

«¡Aquí yo soy la Reina! ¡Todo el mundo á su casa!»

Dos cosas olvidó el tio Cuquita en el callor de la improvisacion: primera, que vestia calzones, y segunda, que la desgraciada señora cuya autoridad invocaba, no tenia ya ninguna en el reino. La baladronada produjo, no obstante, el deseado efecto, y los grupos, como rebaño en que penetra el lobo, dispersáronse instantáneamente. Conste, sin embargo, para hon-

ra de los fugitivos, en primer lugar, que, como los gallegos del cuento, iban solos; en segundo, que estaban todos inermes; y en tercero y último, que aquel era el primer ensayo del género. Lo cierto es que el Alcalde y el Alguacil, dueños por completo del campo, rondaron un poco por el pueblo, retirándose después á sus casas, en las que, según malas lenguas dicen, durmieron á pierna suelta. Hasta aquí la parte ridícula: narremos ahora la parte trágica. Abdon Uña aprovechó mejor el tiempo; fué á Ternel aquella misma noche, y patrioteramente indignado, puso en conocimiento de la Junta revolucionaria el atentado cometido por el tío Cuquita contra la soberanía de Entrecastillos. Al día siguiente, portador de un oficio en el que la Junta provincial destitua por *moderado y barbónico* al Ayuntamiento de Entrecastillos, y mandaba se procediese inmediatamente á una nueva elección por sufragio universal, regresó á la aldea. Mientras disponía las cosas para realizar sus ambiciosos planes, quedó el pueblo como la nación, sin rey ni Roque, ni más autoridad que la que por sí y ante sí se arrogó el Secretario, el único mangoneador del lugar. Repartió algunos cuantos cántaros de vino, autorizó á los vecinos para roturar la dehesa de aprovechamiento común, y á la cabeza de

cuatro ó seis hijos predilectos de Baco, hez social de la aldea, vejó á quien le dió la secretaril gana, apaleando á sus enemigos y exigiendo anticipos forzosos á los mayores contribuyentes. Entre estos, pagó por todos el padre de Magdalena. Asaltada su casa por la cuadrilla, se dejó dar una paliza de muerte por no querer decirles en dónde tenia el dinero, y este vandálico atropello se perpetró con todas las apariencias de legalidad en pleno dia, y, lo que es más, alumbrando el sol brillante de la libertad... de apalear.

Este fué el grito de alarma; los vecinos honrados salieron de su criminal inaccion, y, capitaneados por el tio Cuquita, vencieron en las elecciones al Secretario, que aspiraba á la alcaldía con el libérrimo fin de repartir entre los suyos los empleos concejiles. Con la reeleccion del Alcalde moderado y borbónico, se gozó alguna más seguridad personal, sin poder remediar, no obstante, los daños causados. Tanto el susto que ocasionó al tio Pepe Blancas la inminente pérdida de sus doblones, como el bárbaro magullamiento de la paliza, de tal manera gastaron sus fuerzas físicas y energía moral, que á los pocos dias murió. El desconsuelo de la huérfana y la indignacion de la aldea puede suponerse.

Con semejante proeza agregó el Escribano á su ya brillante hoja de méritos y servicios el título de *asesino*.

Transcurrido algun tiempo, y nombrado el Gobierno provisional, funcionó de nuevo regularmente la máquina judicial y administrativa. Con el mayor sigilo formó el tío Cuquita las primeras diligencias sobre la muerte del tío Pepe Blancas y sucesos que la motivaron, pasándolas reservadamente al juzgado de Albarracin. La roturación de la dehesa dió tambien lugar á otro expediente, único cuya existencia conocia el señor Uña. Sirviéndose al efecto de sus artimañas y patriotero influjo, esperaba conjurar la tormenta, descargándola sobre sus cómplices. Para el malvado no hay amistad ni compañerismo: lazo es el crimen, que en vez de unir separa (1).

XIII.

Octubre de 1869.

Los calores del verano habian cedido el puesto á las templadas brisas de otoño. Todo tomaba en el campo ese tinte ama-

(1) Los sucesos narrados en este capítulo son todos históricos, aunque realizados en diferentes pueblos: á ninguno de ellos se alude, refiriéndolos, por el contrario, á una aldea imaginaria.

rillento, precursor de la estacion de los frios. Secábase ya en los árboles alguna que otra de sus hojas; en medio de esta transformacion general de colores, los pinos únicamente conservaban su perenne verdura. Despues de haber llovido mucho, durante la sementera, se secó del todo el tiempo, y cada aurora amanecia el cielo más hermoso y claro. Esta es la época más apacible del año, y la más útil, pues en ella la fecunda tierra, nuestra comun madre, devuelve al labrador en sazonados frutos sus sudores.

Destacábase aún entre la moribunda vegetacion la casa que fué de la tia Levítico; las huertas continuaban formando una sola finca, aunque en algunas mejoras recientes veíase la mano del nuevo dueño. La ruinosa pared que hacia de cerca habíase convertido en recta y uniforme; los bien podados árboles mecian sus ramas cargadas de fruta sobre selecta hortaliza. El seto divisorio no habia vuelto á ocupar su lugar; pero en cambio colgaba de nuevo sobre la acequia el puentecillo de tablas, y una elegante escalera conducia, como en otro tiempo, á los corredores de la tia Levítico.

Esta y la enlutada Magdalena trabajaban en el del primer piso. Seis años há las vímos en el mismo corredor, manejando co-

mo ahora la aguja. La niña no lloraba entonces la muerte de su padre, ni vestía tampoco tocas negras. La mujer, tranquila, dulce y serena como en la actualidad, tenía algunos hilos de plata menos en sus cabellos. Ahora como entonces, el sol empezaba à hundirse trás los peñascos, y sus últimas y débiles emanaciones doraban las hojas de los nogales al introducirse por los intersticios de sus copas. De repente se abrió con estrépito la puerta, y nuestro antiguo conocido Pantaleon, con con dos niñas y un niño de la mano y rodeado de una caterva de chiquillos, penetró en la estancia ocupada por las mujeres.

—¿Qué es eso? preguntó á su hijo la tía Ana María.

—Ea, bajad á la huerta, y cuidadito con pisarme nada, dijo Pantaleon á la falange infantil, y la turba se precipitó por la escalera. Entonces añadió, dirigiéndose á la tía Levítico:

—Una pareja de la Guardia civil se acaba de llevar atado codo con codo á su padre.

—¿A quién, al Escrizano?

—Sí, señora.

—¡Pobrecico! exclamaron ambas; y preguntó la tía Ana María:

—Pues ¿qué ha hecho ese infeliz?

—Vaya Vd. á averiguar. Cuando ni él mismo se acordaba ya de sus fechorías, y estando muy tranquilo en su casa con sus hijos, pues la tia Escribana se fué hace dias á su tierra, cátrate una pareja de civiles que me lo cogen, y de orden del juez lo bajan preso á Albarracin. Al verlo llevar como si fuera un ladron, la gente le ha dicho mil perrerías, las mujeres asomábanse á las ventanas á insultarle, y no ha faltado más que le escupieran al rostro. En tanto sus niños lloraban á lágrima viva en la puerta de su casa, sin que alma alguna viviente los consolase, ahorrándoles semejante espectáculo. Yo, que pasaba por allí, apenas los he visto, les he enjugado las lágrimas, les he dicho que su padre volveria pronto, y, prometiéndoles una manzana, se han venido conmigo, y con ellos, al olorillo de la fruta, cuantos habia en la calle.

Magdalena no pudo contenerse, y abrazó conmovida á su marido.

—Bien hecho, hijo mio, decia entre tanto la tia Levítico; bien hecho. Tan meritorio es á los ojos del Señor lo que acabas de hacer, que en este momento no te cambiaria tu madre por un emperador. Es la alegría mayor que me has dado en mi vida.—

—¿Qué habia de hacer madre? Daban compasion los pobrecitos: Además, ¿qué

culpa tienen esos inocentes de que su padre haya sido un malvado?

—Ninguna, hijo mio; pero, aunque la tuvieran... Haz bien, y no mires á quién, Ahora, para completar tu buena obra, debemos tenerlos aquí hasta que vuelva su madre.

—Puës no faltaba más que los echásemos á la calle! Mientras esos niños se vean sin amparo no saldrán de mi casa.

Los niños del Secretario, entre aquella turba de muchachos de su edad y ante tanta pera y manzana como habia bajo los árboles, enjugaron fácilmente sus lágrimas, pasando en un momento del desconsuelo más amargo á la más intensa alegría. Henchidos aún sus ojos de líquidas perlas, acariciaban ya sus diminutos dientes una manzana. Hartos todos de fruta, sentáronse en corro bajo el moral, y dió principio la sesion de la manera siguiente:

—Ea Miguelillo, dijo una de las niñas mayores, presidenta nata del infantil congreso; dínos una adivinanza.

—Adivinanza no sé, pero diré el Credo.

Se echaron á reir, y dijo una de ellas:

—Anda, anda, tontarra, ¿acaso estamos en la doctrine?

—¡Una adivinanza, una adivinanza! gritó el congreso.

—Allá va una, dijo la presidenta, sin es-

pectorar estrepitosamente, ni pedir agua con azucarillos, ni siquiera preparar un apunte:

Redonda soy como el mundo,
sin mí no puede haber Dios;
papas, cardenales, sí;
pero pontífices, no.

—A ver quién lo adivina. ¿Qué es?

—La pelota, dijo Miguelillo.

—¡Ja, ja, ja! ¡La pelota! gritaron los mayores riéndose.

—Pues la pelota es redonda, replicó Miguelillo.

—¿Os apunto? preguntó la presidenta.

—No señora, no señora, que nosotros lo adivinaremos.

—Es una letra.

—¡La o, la o, la o! gritaron todos y añadieron:

—Venga otra, venga otra.

La niña pequeña del Secretario, que era más viva que *el hambre*, según expresión de la tía Levítico, se puso grave como un entierro, y dijo:

Una señorita,
muy enseñoreada,
siempre está cubierta,
siempre está mojada.

—La seña Rosa, dijo una.

—Calla, boba, si ha de estar siempre mojada, replicó otra.

—Yo lo sé, yo lo sé, dijo Miguelillo, ¿lo digo?

—Dílo, dílo.

Sin dudar un punto, dijo Miguelillo impertérrito:

—La burra del tío Uña.

—Que no, que es la *lengua*, dijo la niña del Secretario.

Pero el corro no lo oyó, que las carjadas, palmoteos y chillidos de la gente menuda ahogaron su voz, é impulsaron al feliz matrimonio á bajar á la huerta con el fin de gozar más de cerca del espectáculo.

Regalaron á cada niño un hermoso melocoton, y alejándose despues de la gente menuda, trepó Pantaleon á un peral y sentóse Magdalena debajo, para recibir en su falda el sazonado fruto.

—¿Te acuerdas, decia á su marido, de aquella mañanita de Abril en que te cambié, alla arriba, en el seto, un clavel por una rosa?

—Esas cosas no se olvidan nunca, Magdalena. Mira si me acuerdo, que te voy á decir la copla que cantabas al marcharte:

La cadena del amor
tiene fuertes eslabones,
y el que se vé preso en ella
tarde sale de prisiones.

—¿Ves como era verdad lo que yo cantaba?

—Nadie diga de esta agua no beberé: quién sabe si el día de mañana te cansarás de ser mi prisionera.

—Nunca... y ahora menos, añadió la hermosa enlutada vacilante.

—¿Y por qué ahora menos?

Magdalena calló, bajó los ojos, ruborizóse, y al fin preguntó á su esposo:

—¿No te alegrarías de ver jugueteando con esos niños á un hijo tuyo?

—¡Qué feliz soy, Dios mio, y cuántas gracias debo daros á todas horas! exclamó Pantaleon.

La tia Levítico, que permanecía en el corredor, uníase á la vez á su hijo mentalmente, dando gracias á Dios por tan inmerecido bien como la prodigaba en sus últimos años.

La exclamacion de su esposo recordó á Magdalena los sucesos todos de esta historia, y reflexionando sobre los mismos, no pudo ménos de observar:

—¡Cuán justo es el Señor que, hasta en

este mundo, premia al hombre de bien y castiga al malvado.

XVII.

Marzo de 1870.

Y efectivamente, el Señor compensaba con alegrías continuas las tribulaciones de la tia Levítico, Pantaleon y Magdalena eran el simpático instrumento de que la Providencia se servia para la realizacion de sus planes, no sin que buena parte de las bendiciones divinas cayese sobre sus cabezas.

El presentimiento de la jóven esposa convirtiése algunos meses despues en placentera realidad.

La tia Levítico, dos veces madre, experimentó de nuevo, con acontecimiento tan fausto, las delicias maternas.

Y aconteció que en una hermosa tarde de Marzo, mientras en el enrojecido cielo se hundia el sol tras los vecinos montes, las campanas de la aldea tocaron á bautizo.

Media hora despues apiñábase la muchedumbre á la puerta del templo, en

tanto que una turba de chiquillos retozones brincaba y chillaba en la plazuela que le precede. La curiosidad y la alegría leíanse en todos los rostros.

El enjambre se agitó produciendo un ruido sordo, parecido al de la ola próxima á estrellarse en la playa; los chiquillos dejaron sus juegos; partiéronse los grandes como una granada, abriendo paso, y el bautizo apareció en el umbral de la iglesia.

Orgullosa ostentaba en sus brazos la madrina al nuevo cristiano, oculto entre encajes y gasas de nieve, y para evitar un rasguño, recogía con cuidado la rica y flotante falda.

Seguiala una sirvienta con una dorada jarra en la derecha mano, y sobre una bandeja, una tohalla bordada en la siniestra; detrás el padre y padrino de la criatura, y por último los acompañantes y convidados.

El lujo de la comitiva, y en especial el del recién bautizado, llamaron, por lo pronto, la atención.

Su padre y padrino, arrojando en todas direcciones confites, monedas y peladillas, cautivaron al fin los ansiosos ojos de la multitud, que á cada nueva lluvia de azúcar y cobre prorumpía unánime en prolongados gritos.

Los magullamientos, empellones y pisadas fueron innumerables.

La comitiva atravesó la plaza y se alejó. Precipitose detrás la muchedumbre, y poco á poco á la popular algazara sucedió en la puerta de la parroquial el más religioso silencio.

Una mujer pobremente vestida, con paso quedo y recatándose de las miradas curiosas, salió del templo con otro recién bautizado en brazos, y desapareció por el lado opuesto.

Reducíase todo su acompañamiento á una niña de ocho á diez años, que llevaba la jarra, y en un plato de áspera loza el paño blanco, la sal y estopa indispensables.

A dos criaturas acababa de administrar el anciano Párroco el Sacramento del Bautismo.

La misma pompa, las mismas ceremonias y el mismo tiempo habia empleado en ambos bautizos; y con todo, el pueblo no se ocupó más que del primero.

Para la Iglesia católica nuestra Madre no hay clases privilegiadas, jerarquías, ni distinciones sociales.

Todos somos hijos del mismo Padre, y participamos igualmente de su divina herencia.

La gracia sacramental desciende lo mis-

mo sobre el grande que sobre el pequeño, sobre el rico que sobre el pobre.

El mundo, por el contrario, aclama y sigue al primero, y olvida y desprecia al último.

Para él no hubo aquella tarde en Entrecastillos más que un solo bautizo.

Y naturalmente, el lujo, el acompañamiento numeroso y el dinero y dulces arrojados á la péscola, excitaron su curiosidad y golosina.

La modestia, soledad y pobrezas, mueven tan poco ruido por donde pasan, que, semejantes á la violeta aromática, se ocultan siempre á los mundanales ojos.

Cerrada de nuevo la bautismal piscina, entró el Cura en el archivo, y anotó, una tras otra, en el correspondiente libro, las partidas siguientes:

•El día 30 de Marzo de 1870, á las cinco de la tarde, bauticé y crismé á un niño, hijo de Pantaleon Ruiz y de Magdalena Blancas, y le puse por nombre Mamés.

•El mismo día y á la misma hora bauticé y crismé á María de los Dolores, hija de Abdon Uña y Angela Infortunata.

Paréceme, lector benévolo, que he sorprendido en tu rostro cierto gestecillo con ínfulas de interrogante, como diciendo.

—¿Has ojeado, quizás, los libros de tu parroquial?

—No solo los he hojeado, lector amigo, sino que obra además en mi poder copia literal de sus más chuscas partidas, por ejemplo:

«El día 11 de Abril de 1720 enterré á una mujer que murió de repente en la frágua. —El doctor Galindo.»

«El día 3 de junio de 1724 bauticé y crismé á la hija del molinero, y le puse por nombre Jusepa. —El doctor Galindo.»

—Se conoce que el tal doctor no era rana.

—Si era rana ó pez, doctor por Salamanca, ó de *tibi quoque*, no consta en los cinco libros; mas si las partidas anteriores, para solaz y entretenimiento de los doctores futuros.

Continuemos. Penetró en casa de la tia Levítico la comitiva brillante, y un pedrisco de manzanas y nueces cayó, por despedida, sobre la multitud, que contemplaba á los apedreadores con la boca abierta, los brazos y delantales en alto.

La fiesta fué general: hubo quien de céntimo en céntimo *pescó* cinco reales; los chiquillos llenaron de manzanas las pecheras de sus camisas, y nadie regresó á casa sin sangre, moraduras ó molimiento. Despejada la puerta de la casa, sirvióse en su interior á los convidados el chocolate y el refresco. Mezcláronse los dulces con abundantes copas, y el resto de la tarde y

la velada se pasó á tragos con no interrumpidas libaciones.

La turba exterior abandonó poco á poco el campo de sus hazañas, y solamente tres ó cuatro chiquillos revolvián aún el polvo de la calle en busca de peladillas y céntimos.

—¿Cuántos tienes?

—*Munchos*, ¿y tú?

—Yo, ninguno: ¿me das?

—No quiero, que son pa higos.

—Tampoco te daré yo manzanas.

—Mejor: ya me dará *pa parde*.

Y el poseedor de manzanas echóse mano al buche de la camisa, sacó una colorada y le hincó el diente. Los demás niños daban vueltas en torno del feliz mortal, comiéndose la fruta con los ojos y relamiéndose los labios. Por fin, el más atrevido se acercó cuanto pudo al que comía, y le preguntó socarrón:

—¿Verdad, chico, que soy tu primo?

—Sí; pero tengo pocas, contestó el interpelado escondiendo receloso la manzana.

El otro bautizo llegó entonces á casa de Abdon Uña, secretario que fué de la aldea, sin que nadie se ocupase de él, excepto los chiquillos, que, como son de la misma piel del diablo, todo lo saben, y no hay jolgorio que no presencien.

—*Muchichos*, en ca la tia Escribana hay bautizo, dijo una gandulona despelnada á sus compañeros.

Y la cuadrilla corrió á casa del antiguo Secretario, y, una vez en la puerta, obsequió con estruendosa serenata de gritos y chillidos á la recién parida.

Esta, sin más amparo que el de Dios, ni más ayuda que la que le prestaba una caritativa vecina, estrechaba contra su maternal regazo á su recién bautizada María de los Dolores, bañándola con sus lágrimas y llenando el cuarto de quejidos y lamentos.

—¡Hija de mi vida, en qué dias tan tristes vienes al mundo! decia Angela á su niña. Tu padre en la cárcel; tu madre quizá no logrará vencer tanta miseria y debilidad; tus hermanos necesitan el mismo amparo que tú... ¡y os vais á quedar solos en el mundo!

—¿Por qué se han de quedar solos, Angela? preguntó la tia Levítico, que al saber el estado y abandono de la mujer de Abdon Uña corrió en su auxilio y entraba en el cuarto á la sazón.

—Porque su madre se muere sin remedio, tia Ana María, contestó la enferma, mirando con indecible ternura y agradecimiento á su interlocutora.

—Eso será lo que tase un sastre, ben-

dita de Dios: tu enfermedad corre de mi cuenta, y Angela vivirá para sí y para sus hijos.

—La debilidad me mata.

—Contra la debilidad están los buenos caldos. Y volviéndose á la vecina que contemplaba á la enferma con el corazon oprimido por no poder socorrerla, continuó:

—Vamos, mujer, muévete: ¿qué haces ahí pensando en la mona de Pascua? Anda, corre á mi corral, retuérceles el cuello á las dos más gordas gallinas, y traémelas corriendo.

La vecina se dirigió á la puerta.

Los chiquillos, al verla, pusieron el grito en el cielo, cantando á coro:

—¡Borde! ¡borde! ¡borde!!! (1).

—Jesus, qué enemigos malos! Le van á poner á Angela la cabeza como una tarumba, dijo la tia Levítico saliendo á apaciguar la tormenta, y continuó:

—Ea, mocosos, largo de aquí. Pues está esta buena...

¡Borde! ¡borde! ¡borde! contestó la turba.

Tomó la escoba la tia Levítico, y les amenazó con el mango.

(1) El *Diccionario de la Lengua* llama así al hijo nacido fuera de matrimonio, y califica esta palabra de *antigua*. En Aragon es usual, y se aplica, no al hijo natural, sino al expósito, ó al que no tiene padres conocidos.

Por de pronto huyeron chillando; pero paráronse luego, y mirando á la anciana, cantaron como unos condenados lo siguiente:

Esta noche es noche buena
y mañana cañamones,
que ha parido la Escribana
un capazo de ratones.

—Ó matarlos, ó dejarlos, murmuró la tía Levítico.

Para librar á la enferma de serenata tan mayúscula, no tuvo, pues, más recurso que tapar á los músicos la boca con un par de libras de confites.

Ocho dias despues, Magdalena con su Mamés y Angela con su María de los Dolores, salieron á misa, llena de satisfaccion y ricamente vestida aquella, y modesta, pero agradecida en el alma, esta.

Los caldos de la tia Levitico salvaron á Angela.

Su resignacion cristiana en las tribulaciones todas de su vida convirtió la cruz del matrimonio de Pantaleon y Magdalena en dulcísimo yugo de rosas adornado.

Poco más de un año cuentan los niños de Magdalena y Angela.

Mamés es hermoso como un ángel; María de los Dolores como una virgen.

Y la virgen y el ángel, incapaces de odios de familia, entrelazan sus bracitos juguetones, haciéndose mútuas fiestas, prodigándose angelicales sonrisas, y formando un delicioso grupo, en cuyo pedestal debiera grabarse con caracteres de oro la inscripcion siguiente:

RECONCILIACION CRISTIANA.

—Hija mia, sábele que las tribulaciones, cuando se saben llevar con resignacion cristiana, en vez de quitar la vida dan fuerza.

jóven, contestar suele la interesada; trabajos sufridos, está todavía hecha una sus cincuenta y seis primavera y tantos lugar se admira de que la tia Levítico con Por último, cuando alguna comadre del res: su madre y su prometida.

en Entrecañillos la felicidad de dos mujeres: como gracia general, se abona a los combatientes, cuando el servicio, lo- mando la absoluta, y regresando á hacer órdenes del caballeroso marqués de Novajerón á las

atravesar esta nacion infortunada, conduciéndolo á la reserva, cuando los graves acontecimientos políticos por que acabada de

EPÍLOGO.

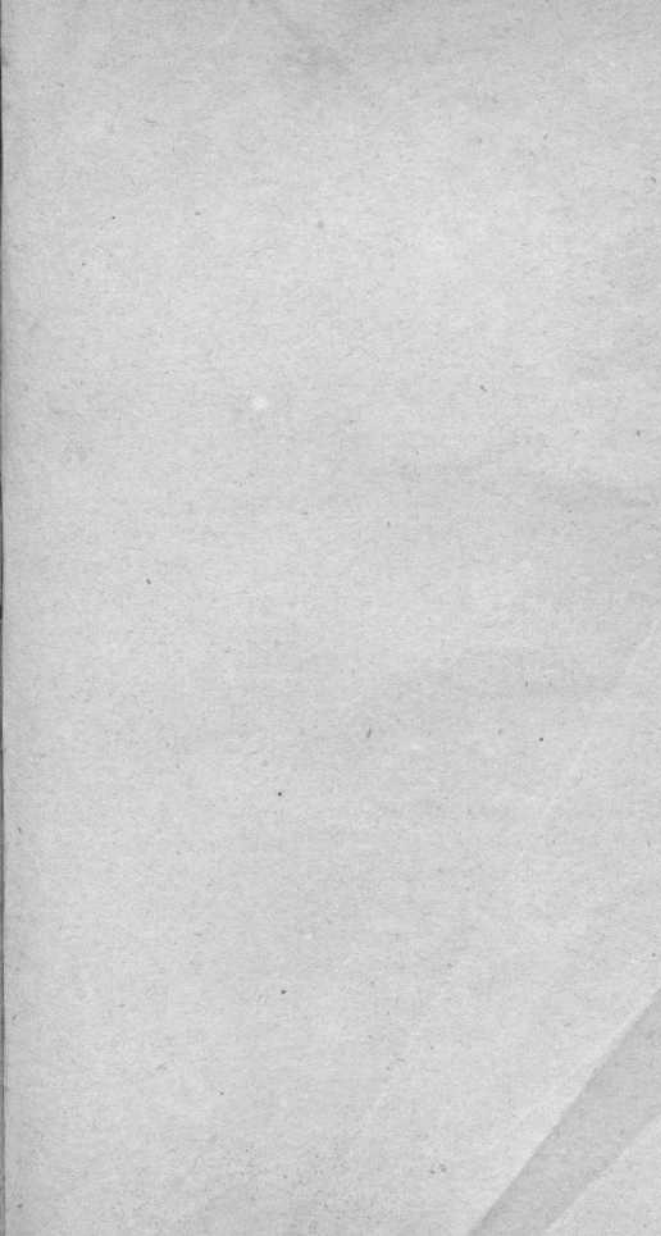
Un solo punto oscuro existe en esta narracion verídica, y seria en mí pecado de lesa galantería no dejar satisfecha por completo la curiosidad del lector.

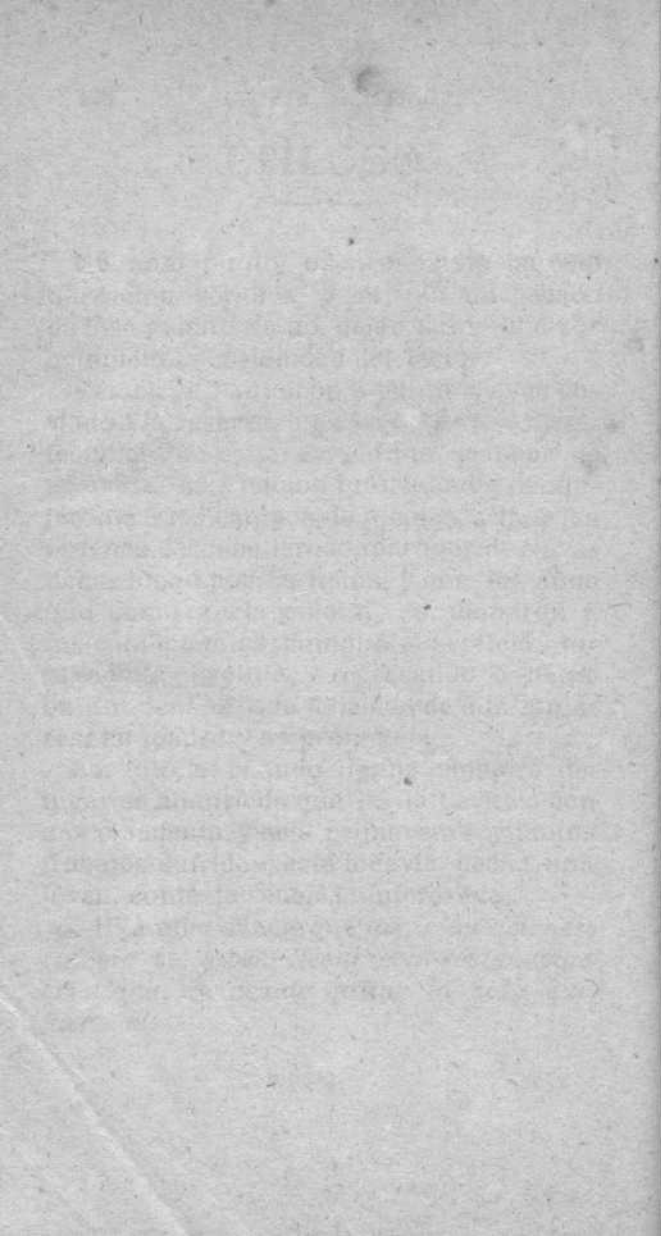
Estaba ya Pantaleon á punto de ser enviado á la reserva, cuando los graves acontecimientos políticos porque acababa de atravesar esta nacion infortunada, condujéronle á los campos de Alcolea. Allí, á las órdenes del caballeroso marqués de Novales luchó por su Reina, y con los años que, como gracia general, se abonaron á los combatientes, cumplió el servicio, tomando la absoluta, y regresando á hacer en Entrecastillos la felicidad de dos mujeres: su madre y su prometida.

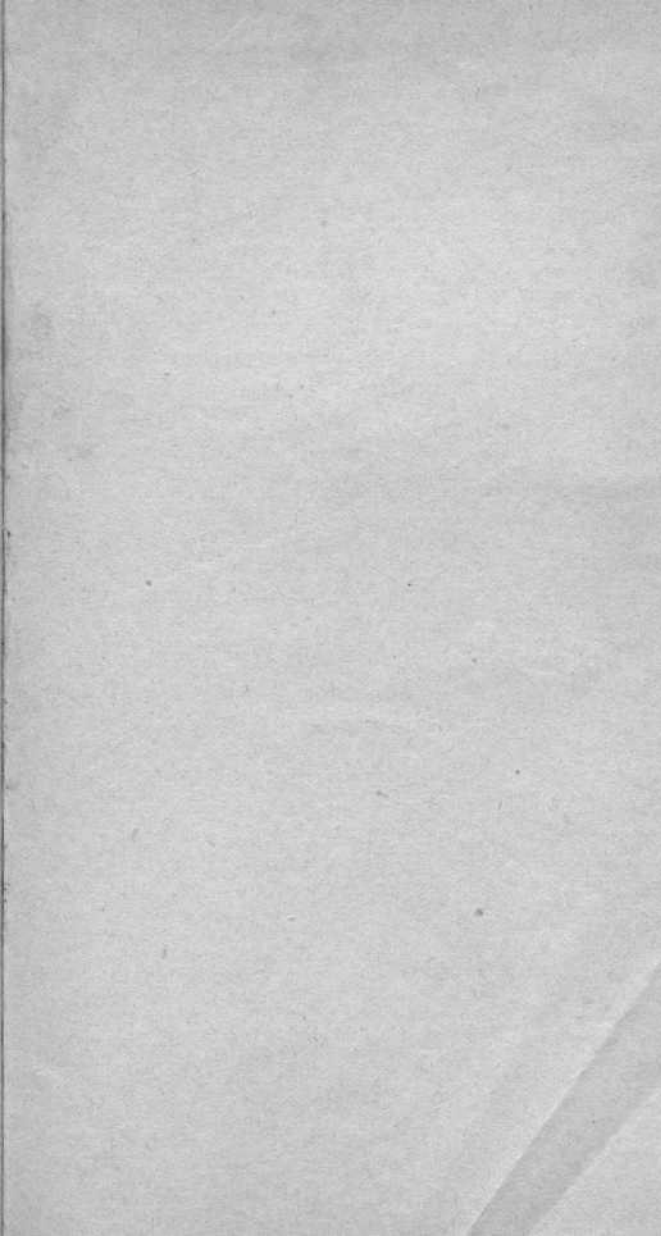
Por último, cuando alguna comadre del lugar se admira de que la tia Levítico con sus cincuenta y seis primaveras y tantos trabajos sufridos, esté todavía hecha una jóven, contestar suele la interesada:

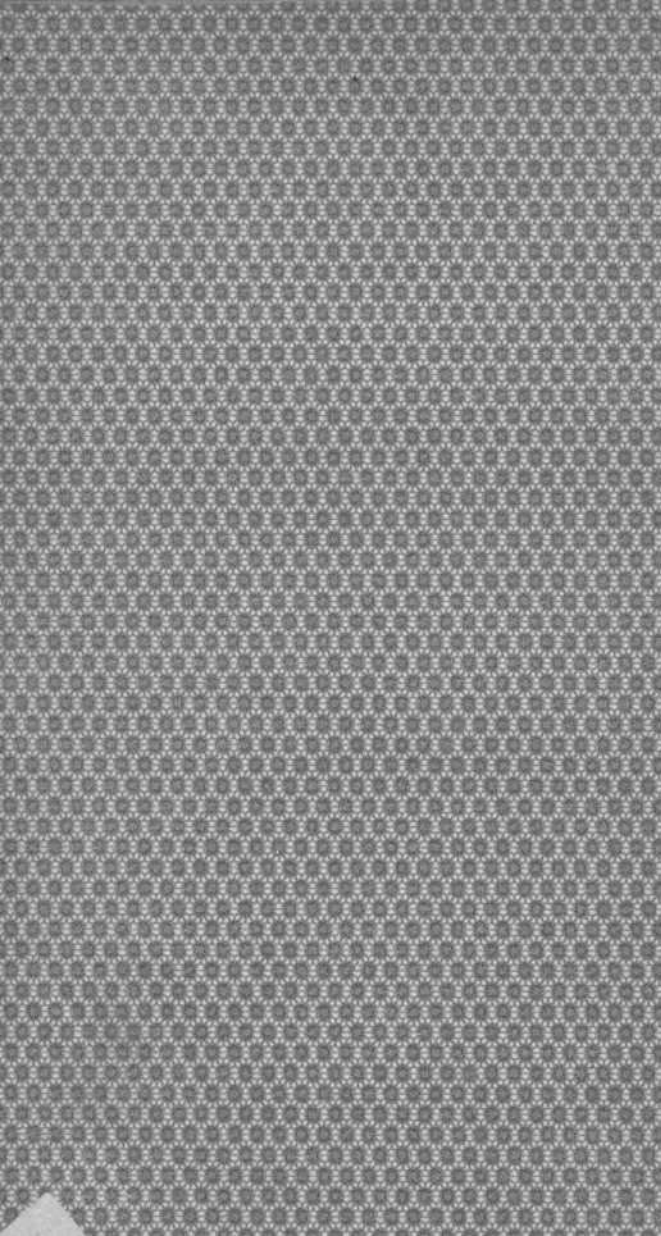
—Hija mia, sábetete que *las tribulaciones, cuando se saben llevar con resignacion cristiana, en vez de quitar la vida dan fuerzas.*

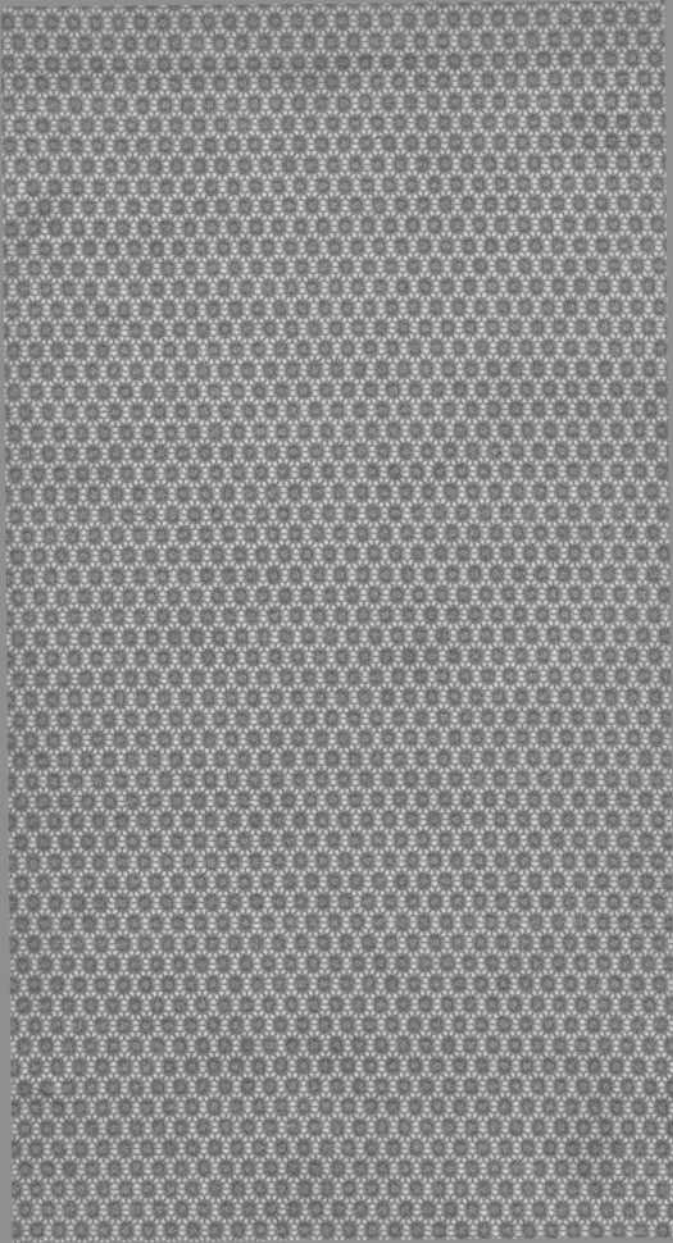
FIN.

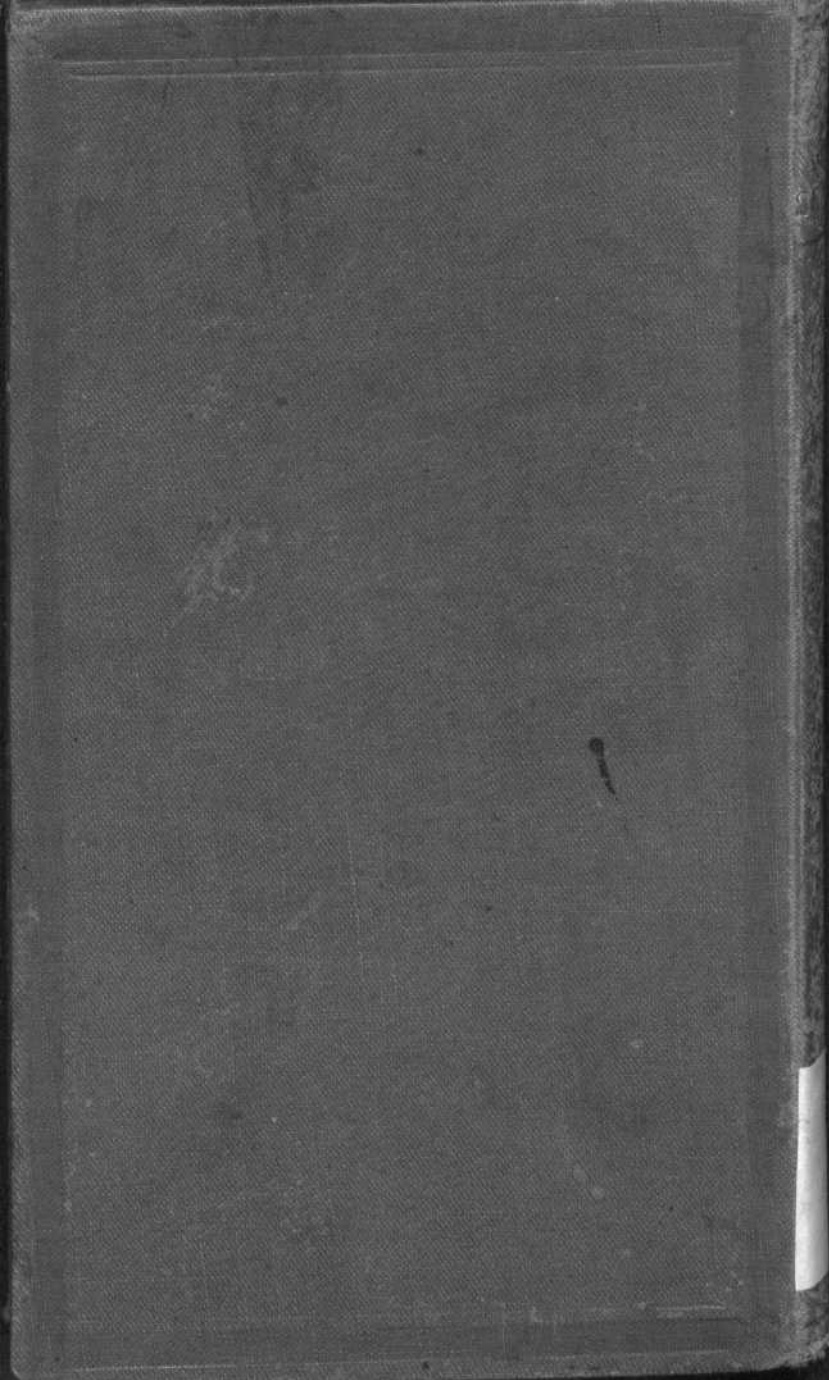












JT 109996

JT 109996